REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 11 de Mayo | Núm. 18

Año XVI—No. 730

SUMARIO

Aristófanes contra el demagogo

Por LEOPOLDO MARECHAL

= De *La Nación*. Buenos Aires. Diciembre 23 de 1934 =



Ilustración de *Alejandro Sirio*

El demagogo hace su aparición en la historia de casi todos los pueblos occidentales y su entrada en escena está lejos de ser caprichosa. Por el contrario, el demagogo es el verdadero fruto de una estación verdadera: su advenimiento señala, matemáticamente, la consumación de una decadencia política que se ha iniciado con el primer quebrantamiento del orden tradicional. Orden único es éste, porque sólo hay un sistema de orden verdadero y es el que impuso el Creador a su criatura; orden intocable, porque su violación y el comienzo del desorden son una misma cosa; orden vivificante, porque su reinado mantiene la armonía de las cosas y las preserva de la disolución y de la muerte.

En una sociedad jerárquicamente organizada, según los principios del orden a que me refiero, la figura del demagogo es inconcebible; porque el cuerpo social en armonía está regido, naturalmente, por la cabeza y en la cabeza reconocen los otros miembros el ejercicio de la autoridad legítima que no se puede usurpar o desobedecer sin que se resienta la salud del cuerpo todo. Es necesario que los miembros del organismo social desconozcan un buen día la virtud de la cabeza y se pongan a discutir la legitimidad de su señorío (y algo semejante pinta Shakespeare en la fábula de su Coriolano) para que se destruya el orden natural del cuerpo. Desde ese instante cada miembro se arrogará los derechos de la cabeza, o tratará de arrogárselos al menos, y entonces aparecerá el demagogo, como un hábil pescador de aquel río revuelto.

En resumen: rota la jerarquía vivificante, se produce el caos; hecho el caos, viene el demagogo: aparecido el demagogo, será razonable admitir la necesidad de su llegada, porque, a falta de una cabeza legítima, el cuerpo desvalido necesitará erigir otra cualquiera sobre sus hombros. Y aquí el demagogo entra en función y desarrolla su juego, el cual no es otro que el de hacerse pasar por la cabeza necesaria; pero como el pueblo es quien debe reconocer su cabeza circunstancial, el demagogo ha de tender sus redes al pueblo y le dirigirá su hábil artillería de promesas, adulaciones y halagos, ansioso de conseguir el asentimento popular que ha de convertirlo en la cabeza de un día.

Se ha dado a la palabra "demagogo" una significación maligna que no es bueno generalizar si no se quiere incurrir en injustas exageraciones. Porque hay dos razas del demagogo: la buena y la mala. Cierto es que dos circunstancias notables han contribuído a la generalización referida: la primera es el hecho de que los malos demagogos aparezcan en la historia con mayor asiduidad que los buenos; y la segunda es el caso ineluctable de que unos y otros deban coincidir en los medios de alcanzar el poder.

Sin embargo, pese a su coincidencia inicial, ambos demagogos difieren en los fines, y eso es mucho. En efecto, para el mal demagogo la política es el arte (o el artificio) de conquistar el poder y de conservarlo en beneficio propio el mayor tiempo que le sea posible. El buen demagogo, por el contrario, sabe que la política entra en el orden universal del amor y la define como arte de ejercer amorosamente el poder adquirido; y al ejercerlo en pro del bien común el buen demagogo no aspira sino a obtener ese asentimiento íntimo de su pueblo, que hará brillar sobre su frente un resplandor siquiera de la menoscabada legitimidad, no por el valor de los medios, sino por la virtud del fin. Y es así que en el buen demagogo el fin justifica los medios y los redime de su pecado original, en la medida en que sean redimibles los quebrantos del orden primitivo, al que ya calificamos de intocable.

Tales conclusiones brotan espontáneamente de la comedia política de Aristófanes titulada "Los Caballeros". Figuran en ella los siguientes personajes simbólicos: Los Caballeros de Atenas, que forman el coro: Demos, o sea el pueblo ateniense; el mal demagogo, encarnado en la figura de Cleón, que gobernaba en los días de Aristófanes; y el Charchero, personaje ideal y paradigma del buen demagogo, que ha de vencer a Cleón en desvergüenza y audacia y lo suplantará en el favor de Demos. Veamos ahora la posición y el significado de cada personaje.

Los Caballeros representan la aristocracia o la nobleza, segunda clase del Estado a la que corresponden legítimamente las funciones del gobierno y de la defensa militar. Pero en los tiempos de Aristófanes la tradición agonizaba y sabido es que toda la obra del poeta griego no es otra cosa sino un lamento de las tradiciones perdidas y una condenación vehemente de las nuevas costumbres. Es así que los Caballeros, en la comedia, aparecen desposeídos de su función esencial, que es la del gobierno, aunque conservan todavía la otra, como lo dicen ellos mismos, no sin amargura, en un bello pasaje de la obra: "Nosotros —dicen al pueblo— deseamos pelear valientemente, sin sueldo, por la patria y nuestros dioses. Nada pedimos en pago, sino que cuando se haga la paz y cesen las fatigas de la guerra, nos permitáis llevar el cabello largo y cuidar de nuestro cutis".

Pero los Caballeros, aunque desposeídos de su autoridad legítima, conservan aun la fuerza y aparecen en actitud vigilante, observando el curso de los hechos y listos para intervenir en favor del orden o de lo que, en cualquier medida, se aproxime al orden civil que ellos representan:

"—¿Y quién me ayudará?" —pregunta el Chanchero, temeroso de atacar al formidable Cleón.

"—Hay mis Caballeros que detestan a Cleón y que te ayudaran" —le asegura Demóstenes.

El mismo Cleón, viéndose ya en peligro, también solicita el amparo de los Caballeros y lo hace con una agachada que lo pinta de un solo trazo:

"—Todos os levantáis contra mí —se queja el mal demagogo—. Y, sin embargo, Caballeros, por vuestra causa me veo apaleado ahora, pues, justamente, iba yo a proponer al Senado que se construya en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor".

Y en la contienda graciosa de ambos demagogos, frente a los azares de una política risible y turbia, los Caballeros permanecen atentos, graves y dignos. Es verdad que apalean al mal demagogo y ayudan al bueno, pero su actitud y su palabra en ambos casos son nostálgicas y tristes, como si los Caballeros, con la vara de su propia dignidad, midieran la dimensión del desorden que ha hecho posible el advenimiento de los dos personajes.

La segunda figura que merece nuestro análisis en la comedia es la de Demos, el pueblo de ayer, de hoy y de siempre. Aristófanes, por boca de su personaje Demóstenes, lo describe así: "Tenemos un amo rudo, voraz, irascible, tardo y algo sordo; se llama Demos". Más adelante los Caballeros dirigiéndose a Demos, le dicen: "¡Oh, Demos, tu poder es muy grande, todos los hombres te temen como a un tirano; pero eres inconstante y te agrada ser adulado y engañado! En cuanto habla un orador, te quedas con la boca abierta y pierdes hasta el sentido común". Y hacia el final de la obra, cuando el buen demagogo, después de vencer a Cleón, reconstituye a Demos en su antigua dignidad:

"—¿Qué hice antes? ¿Cómo era?" —le pregunta Demos, rejuvenecido.

"—Antes —responde su salvador—, si alguno te decía en la asamblea: "Oh, Demos, yo soy tu amigo, yo te amo de veras, yo soy el único que vela por tus intereses", al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas con arrogancia."

"—¿Yo?"

"—Y después de engañarte así, te volvía la espalda.".

"—¿Qué dices? —exclama Demos—. ¿Eso hicieron conmigo y yo de nada me enteré?"

"—No es extraño —le responde el Chanchero—; tus orejas se alargaban unas veces, y otras veces se plegaban lo mismo que un quitasol."

"—¡Tan imbécil me puso la vejez!"

"—No te aflijas, pues no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron".

Veamos ahora con qué colores es pintado Cleón, el mal demagogo. Aristófanes, al atacarlo públicamente, dió muestras de un valor admirable: tan poderoso era Cleón en Atenas que los fabricantes de máscaras se negaron a modelar la suya; ningún actor de la época quiso decir el papel de Cleón y Aristófanes en persona tuvo que salir a la escena y decirlo, sin máscara ni disfraz alguno, rasgo de audacia que le valió las aclamaciones de la muchedumbre. Desgraciadamente las enseñanzas de su obra cayeron en el vacío y esa multitud que aplaudiera sus versos mordaces siguió levantando a Cleón sobre las nubes; con lo cual dejaba muy mal parada la verdad de aquel aforismo aplicado entonces a la comedia: "Corregir las costumbres riendo".

Pero volvamos a la fisonomía y a los métodos de Cleón, llamado "el Paflagonio" en la obra:

"—El tal Paflagonio — refiere Demóstenes—, conociendo el carácter del viejo Demos empezó, como un perro zalamero, a hacerle la rosca, a adularle, a festejarle y a sujetarle con sus carretillas, diciéndole: "Amo mío, vete al baño, que ya has trabajado bastante; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los óbolos. ¿Quieres que te sirva la comida?"

Y Demóstenes, que también es servidor de Demos, agrega más adelante, refiriéndose al mismo Cleón:

"—Nos aparta cuidadosamente del anciano Demos y no nos permite servirlo. Se coloca junto a su señor cuando cena y espanta a los oradores, pronunciando oráculos y llenando de profecías la cabeza del viejo. Después, cuando lo ve chocho, pone manos a la obra: acosa y calumnia a todos los de la casa y nos muele a golpes".

Ahora bien, dueño ya de la casa y ahuyentados los competidores, el mal demagogo no pierde su tiempo. El coro de Caballeros le reprocha:

"—Te apoderas de los bienes de todos y los consumes antes de que sean distribuídos; tanteas y oprimes a los contribuyentes, como se tantea un higo para ver si está verde o maduro".

Y el Chanchero, constituído en rival de Cleón, dice a su vez:

"—Acuso a este hombre de haber ido al Pritáneo con el estómago vacío y de haber vuelto con el vientre lleno", alusión a la súbita riqueza del demagogo.

Pero, según los profetas, Cleón será vencido, como sus antecesores, por otro demagogo de la misma casta: primero fué un vendedor de estopa; luego, un tratante de ganados; el tercero, Cleón, era mercader de pieles; el cuarto será un Chanchero. Y justamente, cuando el buen Demóstenes acaba de leer las profecías, el Chanchero hace su aparición en la escena; y en este nuevo personaje, a pesar de su origen turbio y de su iniciación grotesca, deberemos reconocer más tarde al buen demagogo.

Ciertamente, Aristófanes trata muy mal a su Chanchero: lo trata mal en el principio, aunque lo exalte después como salvador del Estado. Es que Aristófanes no aparta sus ojos de la tradición: la legitimidad del poder es su idea fija. Por eso es que los Caballeros dicen a Cleón, refiriéndose al rival que acaba de salirle:

"—Ha venido, ¡cuánto me alegro!, un hombre más canalla que tú, el cual te arrojará del puesto que ocupas y ha de vencerte, según espero, en audacia, intrigas y maquinaciones".

En el diálogo que tiene lugar entre Demóstenes y el Chanchero recién llegado la intención del poeta se hace más visible:

"—Según el oráculo lo anuncia, vas a ser un gran personaje— dice Demóstenes al Chanchero.

"—¿Cómo, yo, un chanchero, llegaré a ser personaje?"

"—Justamente, llegarás a serlo porque eres un bribón audaz, salido de las más bajas esferas."

"—Me creo indigno de llegar a ser grande—observa el Choricero—: pertenezco a la canalla.

"—¡Oh mortal afortunado —exclama Demóstenes—, de qué felices dotes de gobierno te ha colmado la naturaleza!"

"—¡Pero si no he recibido la menor instrucción! Sólo sé leer, y bastante mal..."

"—Precisamente, lo único que te perjudica es el saber leer, aunque mal; porque el gobierno popular no pertenece a los hombres instruídos, sino a los ignorantes".

Las que acabo de transcribir son las flores más benignas que Aristófanes hace llover sobre sus demagogos. Después vienen las dos contiendas brutales que el Chanchero sostiene contra su rival, el Paflagonio: como ambos alardean de su cinismo y se reprochan desvergüenzas que les son comunes, los dos diálogos forman en sí un verdadero tratado de política parda.

Y el animoso Chanchero sale vencedor en la liza: derrotó a su rival con las mismas armas; ha conquistado el favor de Demos, atrayéndole con iguales dones y promesas; tiene ya la sortija del poder en su mano. ¿Qué hará el Chanchero ahora con el poder adquirido? Hasta ese instante no se diferencia en nada de su contendor, el mal demagogo; es necesario que nuestro Chanchero se defina.

Y el Chanchero se define; será un buen demagogo, porque le tiene cariño a ese pobre Demos. La comedia finaliza con la exaltación de Demos, ya dignificado por la obra de su salvador. El mismo Chanchero aparece ahora revestido de una dignidad que no tenía al principio y que ha sabido ganarse; y Aristófanes, como si quisiera darlo a entender así, no lo llama Chanchero en adelante, sino Agorácrito.

"—He regenerado a Demos —dice Agorácrito — y de feo que era lo he convertido en hermoso".

"—¿Dónde está? — le preguntan los Caballeros—. ¿Y cómo es ahora?"

"—Es lo que antes era, cuando tenía por anfitriones a Milcíades y a Arístides. Vedle con los cabellos adornados de cigarras, con su espléndido traje primitivo, oliendo a mirra y a paz en vez de apestar a mariscos" (alusión a las votaciones que se hacían con valvas de ostras).

Y Demos, resplandeciente, llama a su salvador:

"—¡Oh, amigo queridísimo! Acércate, Agorácrito. ¡Cuánto bien me has hecho transformándome!"

"—¿Yo? — dice Agorácrito—. Pues aun ignoras lo que antes eras y lo que hacías; porque, de saberlo, me creerías un dios".

Y a continuación el demagogo hace conocer a Demos su miseria pasada; y lo alecciona, para que no sea víctima en lo futuro de las maquinaciones y engaños que sufrió ayer y a las que siempre se hallará expuesto.

La naturaleza del Comunismo

Por JOHN STRACHEY

= Capítulo XIX de *The Coming Struggle for Power* (La lucha futura por el Poder). Por *John Strackey*. Traducción y envío de doña *María de Sancho*. Cartago y abril de 1935. =

El Comunismo es un principio de organización social antitético al Capitalismo. Resuelve el problema de organizar la producción por métodos completamente diferentes. No pretende obtener la concentración de los medios de producción entregándolos en manos de una clase, ni subordina el ajuste de la vida de la comunidad a razones del mercado. Claro está que los métodos comunistas de organizar la producción no pueden ni siquiera intentarse hasta que no se acabe con la posesión de los medios de producción y hasta que el ajuste económico de la sociedad no haya sido librado de la influencia de los motivos del mercado.

Ahora bien, el comunismo propiamente dicho, o sea, ese sistema de sociedad en el cual los principios de organización social que vamos a describir en seguida han sido desarrollados en toda su plenitud, sólo puede comenzar a existir con la caída del capitalismo. Por lo tanto, tiene que transcurrir un período considerable de tiempo después de ese acontecimiento antes de que aparezca la verdadera sociedad comunista. Todo lo que hoy podemos hacer es representarnos mentalmente los principios generales sobre qué habrá de basarse una sociedad de verdadero comunismo. Podemos decir que tal sociedad se basará en el principio de la necesidad: que las mercancías y servicios creados serán suficientes para permitir su distribución sobre el principio de que todo el mundo pueda tener tanto de ellos como necesite: que su producción implicará tan poca fatiga que pueda organizarse sobre el principio de que cada ciudadano contribuya con la cuota de servicio con que él sea capaz de contribuir, y que estos ciudadanos serán tales que hagan factibles tales principios de distribución y producción. Una sociedad así sería desde luego una sociedad sin dinero y sin clases.

Marx hizo hace mucho tiempo (en su crítica del programa Gotha del partido Social Democrático Alemán) la distinción entre tal sociedad completamente comunista y el tipo de sociedad que la clase trabajadora establecería al día siguiente del derrocamiento del capitalismo. Demostró cómo lo que sería posible abolir inmediatamente después de la Revolución social sería la desigualdad más notoria del capitalismo, o sea, la desigualdad entre el trabajador que recibe un jornal para su subsistencia por hacer el trabajo de la sociedad y el dueño de la propiedad que recibe rentas excesivas por no hacer nada. La sociedad podría organizarse inmediatamente sobre la base de pago por trabajo hecho, y por nada más. Pero suponer que una comunidad trabajadora podría inmediatamente, de un brinco ponerse a aplicar los principios de distribución adecuados a una comunidad del todo comunista, y dar a todos sus miembros igual derecho al acervo de la riqueza social era absolutamente utópico (1).

Marx distingue pues claramente un período elemental, transitorio, del comunismo que debe seguir a la revolución. Durante este período se harán pagos a los miembros de la sociedad teniendo en cuenta la duración y la intensidad del trabajo realizado. Es éste el período del comunismo que vamos a considerar en este capítulo. Pues la cuestión más interesante para nosotros es la de cómo la clase trabajadora habrá de organizar la producción después de la revolución. Debe por lo tanto entenderse bien que, cuando empleamos la palabra comunismo, la empleamos para denotar no lo que será finalmente el comunismo, después de estar plenamente desarrollado, sino el período primario de transición del comunismo que ha de seguir al derrumbamiento del capitalismo.

Un distintivo del comunismo, hemos dicho, es que no trata de hacer uso de los motivos del mercado, los motivos, es decir, de utilidad privada, como el móvil primordial de la máquina productora de la sociedad. Sustituye esta fuerza motriz por un plan arreglado de antemano según el cual las múltiples tareas necesarias para la vida de la comunidad se reparten con conciencia y regularidad entre sus miembros. Ahora bien, ya vimos que por lo único que el capitalismo puede evitar una franca y descarada esclavitud de la clase trabajadora es por la dependencia respecto al mecanismo del mercado. El Comunismo, sin embargo, puede abolir el mecanismo y los motivos del mercado sin reducir ninguna parte de la población a la servidumbre, pues bajo un régimen comunista los instrumentos de producción se le quitan de las manos a los dueños actuales y se ponen en manos de la clase trabajadora. Y como consecuencia de ese acto la clase trabajadora asume un mismo nivel con la comunidad. Pues cualquier miembro de la clase capitalista privado de la posesión de los instrumentos de producción viene a ser, objetiva aunque no subjetivamente, un miembro de la clase traabjadora.

Para que esta simple cuestión no se ponga en tela de juicio, como en efecto se pone continuamente, y para que no se diga que una sociedad comunista implica servidumbre industrial, "esclavitud estatal" y demás, puede quizás ser útil citar el testimonio de uno de los pensadores más vigorosamente anticomunistas de hoy. Ya nos hemos referido antes al libro **The Servile State,** una de las obras primeras del escritor católico, Hilaire Belloc.

Mr. Belloc está de acuerdo con que la solución comunista evita lo que él llama "el estado servil", esto es, la servidumbre de los trabajadores. El manifiesta esto muy a las claras en la página 18 de la nueva edición de su libro.

> "Del mismo modo, no es un Estado servil aquel en que todos los ciudadanos pueden someter sus energías a la compulsión de leyes positivas, y deben trabajar al juicio de los oficiales del Estado. Por una vaga metáfora y por propósitos retóricos, los individuos a quienes repugna el colectivismo (por ejemplo) o la disciplina de un regimiento hablarán de la condición servil de tales organizaciones. Pero para los propósitos de una estricta definición y de pensar con claridad es esencial recordar que una condición servil sólo existe por contraste con una condición libre. La condición servil existe en la sociedad solamente cuando existe también el individuo libre para cuyo beneficio el esclavo trabaja bajo la compulsión de una ley positiva".

(1) Cuánta tinta y papel hubiera ahorrado el corresponsal del ***Times*** de Londres en Riga si hubiera leído este pasaje de Marx. No hubiera tenido necesidad de darnos estos informes casi diarios de cómo el Gobierno Ruso ha abandonado todos los principios del Marxismo y ha establecido un sistema de pago de acuerdo con los resultados.

La última frase de Mr. Belloc es la importante. Servidumbre y libertad son, en otras palabras, lo que Hegel llamaba "categorías reflejas". La una no puede existir sin la otra. Por tanto, en una sociedad comunista que ha conseguido abolir las clases sociales, en la que no existe ya una categoría de personas que vivan de una renta obtenida por motivo de su posesión de los medios de producción, tales expresiones como servidumbre, esclavitud, "el estado servil" y demás, no tienen literalmente ningún significado.

Estamos en condiciones de intentar dar una definición. Una sociedad comunista (en su estado primario de transición) es una sociedad en la cual el mecanismo del mercado ha sido suplantado por una dirección bien planeada de la producción; en la que este cambio se ha efectuado quitándoles los instrumentos de producción a los dueños actuales y poniéndolos en manos de la clase trabajadora. Como resultado de esto, la clase trabajadora poco a poco se identifica con la comunidad. Y así nace una comunidad sin clases sociales, una comunidad en la cual todos sus miembros viven de rentas derivadas de la misma fuente, pues estas rentas consisten en pagos hechos, a modo de salarios, servicios sociales o cosas por el estilo, del fondo de valores fungibles creado por la operación de los medios de producción disponibles.

Podemos observar que es esta identidad en la fuente de que se derivan todas las rentas, más bien que cualquier rigurosa semejanza en su monto, lo que caracteriza una sociedad comunista. Naturalmente que el monto de las rentas habrá de variar mucho menos en una sociedad comunista que en una sociedad capitalista (1).

Pero éste no es el factor distintivo. El factor distintivo es que en una sociedad comunista no se derivará ninguna renta en virtud de la posesión de los instrumentos de producción: que todo se derivará en virtud de servicios prestados, ahora, en el pasado, o en el futuro. Y es solamente cuando se llega a tal estado de cosas cuando una comunidad puede alegar que ha abolido las clases sociales y que es en verdad una comunidad comunista sin clases.

También observaremos que una sociedad comunista no distribuye todo lo que produce entre los individuos que la componen. Cada trabajador recibe individualmente menos de lo que él crea con su trabajo. Pues una parte de las energías productivas de la sociedad se destinan a producir mercancía-capital en lugar de mercancía fungible. Esta mercancía-capital la retiene la clase trabajadora que ha llegado a ser la comunidad y se le da el uso que decidan los trabajadores. En cualquier comunidad comunista, tal y tal proporción de esta nueva mercancía-capital puede dedicarse a la producción de más medios de producción, y tal y tal otra proporción a la producción y mantenimiento de objetos de utilidad que sean por su naturaleza disfrutables solamente por los trabajadores en común, por ejemplo, la erección y mantenimiento de edificios públicos, teatros, museos, estadios para deportes, parques, patios de recreo, casas de descanso y demás. Asimismo los trabajadores, la comunidad como un todo que es, decidirá qué proporción de sus energías se dedicará a la producción de mercancía capital y de mercancía fungible respectivamente. Una comunidad comunista podría, por ejemplo, en teoría de todos modos, decidir crear solamente suficiente mercancía capital para poder mantener en buen estado los instrumentos de producción existentes y tales objetos de utilidad de propiedad común, y distribuir todos los demás productos a individuos en la forma de mercancía-fungible. A la inversa, una comunidad comunista podría decidir que era mejor aplicar una proporción muy alta de sus recursos a la producción de mercancía-capital. En cualquiera de los dos casos, el factor distintivo entre una sociedad comunista y una sociedad capitalista es que, bajo el comunismo, la cantidad de mercancía-capital que se produce anualmente y los usos a que se destina están bajo un control consciente, mientras que bajo el capitalismo estos factores se dejan al ajuste de los motivos del mercado.

El comunismo es, en un aspecto, una nueva solución del problema original del trabajador colectivo. Los métodos de producción en grande escala implican, —ya lo vimos en el capítulo II—, algunos métodos de movilizar grandes cantidades de trabajadores y, o bien de obligarlos o inducirlos a trabajar en una tarea común. Este problema se ha solucionado hasta ahora de dos maneras. En la antigüedad clásica la producción relativamente en grande escala se llevaba a cabo por medio de la compulsión directa, que ejercía la clase de los libres sobre la clase de los esclavos. Bajo el capitalismo se llevaba a cabo, y se lleva, por medio de compulsión económica indirecta, ejercida por la clase de los dueños de los medios de producción sobre la clase de los trabajadores, o sea, los que no son dueños de los medios de producción. El establecimiento de un sistema comunista marca la aparición de un nuevo tercer método. Pues, el asumir la sociedad, que es la clase trabajadora, que por el hecho mismo pasa a ser sociedad, la posesión de todos los medios de producción, hace posible resolver el problema del trabajador colectivo por el método de la asociación voluntaria de los trabajadores para la produción en grande escala. Inmenso escepticismo existe con respecto a esta conclusión. Tal escepticismo es en parte el resultado del "clima mental" del capitalismo en que todos vivimos; y es en parte el resultado de una mala inteligencia de lo que quiere decir precisamente asociación voluntaria. Ahora bien, nadie sugiere que en una sociedad comunista todo el mundo haga el trabajo arduo y desagradable que, por muchas décadas, será todavía necesario, simplemente por amor al arte, y sin control ni superintendencia. Lo que se sugiere, sin embargo, y lo que ya comienza a indicar la práctica, es que en una sociedad sin clases la necesidad y obligación de trabajar la sentirá todo el mundo. En realidad, desde luego, la realización de que sólo por el trabajo puede el hombre inducir a su medio ambiente a que le proporcione los medios de vida, es desde tiempo inmemorial una parte innata de la conciencia de la raza. Solamente entre algunas de las antiguas familias aristocráticas y capitalistas en comunidades que tienen mucho tiempo de fundadas y que han vivido por varias generaciones exclusivamente de rentas derivadas de la posesión de los medios de producción, ha decaído esta conciencia. Para la gran masa de la humanidad la necesidad, aunque desagradable, de trabajar es un supuesto que no admite duda. En los viejos capitalismos decadentes del occidente, la

(1) Así, aun hoy en la Unión Soviética, que, como veremos, no puede reclamarse todavía como una sociedad comunista, la extensión máxima de la variación de rentas parece ser de unos cincuenta rublos al mes a unos mil rublos al mes. En la Gran Bretaña, la extensión máxima debe ser de más abajo de cuatro libras al mes, digamos, a ciento veinte mil libras al mes. En Rusia, pues, la variación es en la proporción de 1 a 20: en la Gran Bretaña de 1 a 30,000.

actitud natural ha sido realmente invertida, y uno de los principales derechos que alegan los trabajadores es ahora "el derecho al trabajo". Esto no quiere decir que los trabajadores tengan pasión por pasar ocho horas al día en una fábrica o en una mina. Quiere decir que se ha asociado de tal modo la idea de recibir una renta y la de trabajar y esa asociación se ha hecho tan fija que se ha llegado al supuesto tácito de que solamente trabajando puede obtenerse una renta. Por lo tanto, en una sociedad comunista en la que ningún ciudadano deriva renta de los derechos de propiedad, no hay duda alguna de que la población en su totalidad habrá de apreciar perfectamente la necesidad de trabajar. Y esto es lo que quiere decir el principio de asociación voluntaria como solución del problema de trabajadores colectivos.

Lo que sucede en la práctica en una sociedad comunista es simple. La sociedad, por medio de instituciones (consejos, comités, llámense como se quiera) que forma para el objeto, prepara una colección de reglas para la duración, condiciones y remuneración del trabajo que diferentes categorías de sus miembros deben efectuar. Y estas reglas se las imponen a sí mismos los miembros de la sociedad. Ven la necesidad de ir todos los días a la fábrica, a la mina o al campo, y de utilizar los medios de producción para satisfacer sus necesidades. Naturalmente, esto no quiere decir que individuos aquí y allá no vean tal necesidad: que no haya ciertos individuos que traten de gozar de los frutos sociales sin tener que hacer la labor social necesaria para su producción. Y será ciertamente necesario hacer observar a la fuerza a tales individuos las reglas de trabajo que la sociedad ha impuesto. Y todos los demás miembros de la sociedad estarán en favor de tal coacción. Pues a nadie le gusta que se le eche encima la carga de la mantención del vecino por pereza de ese vecino. De ahí que la obligación de trabajar que en una sociedad comunista se extiende a todos sus miembros, no sea en lo más mínimo una contradicción del principio de asociación voluntaria sobre la cual se basa la actividad productiva de tal sociedad. Pues la obligación se la impone el mismo individuo.

Ninguna comunidad, sin embargo, puede pasar de la noche a la mañana siquiera al período primario de transición del comunismo. En el período inicial de una dictadura de la clase trabajadora puede aún ser cierto decir que la obligación de trabajar es una convicción impuesta por los miembros conscientes y reflexivos de la sociedad sobre ellos mismos, y sobre aquellos a quienes, si se dejara hacer lo que quisieran, no comprenderían la conveniencia de hacer más trabajo del que los mantuviera en las más primitivas condiciones de vida. Aun en este período, sin embargo, el trabajo ejecutado en una sociedad sin clases será de carácter mucho más voluntario que el trabajo que la compulsión de hierro, aunque invisible, del capitalismo les saca a los trabajadores. Y, con cada año que pasa, una proporción mayor de la población pasará de la categoría de personas a quienes hay que imponer regularidad y un mínimo de intensidad de trabajo, a la categoría de personas que se dan cuenta perfectamente de los beneficios universales de tal trabajo y que toman una parte consciente ellos mismos en llevarlo a cabo. Además, con cada adelanto en el plano de la técnica, el carácter del trabajo necesario cambiará: se hará menos tedioso y menos arduo, más interesante y menos cansado. La barrera entre el trabajo mental y el físico se romperá. Esto se verificará en parte por el intercambio de personal entre las tareas manuales y las administrativas, lo cual se hace posible cuando una sociedad sin clases alcanza cierto grado de cultura, en parte por la mayor importancia que asumirá el trabajo manual que, como tanto trabajo moderno científico, es a la vez mental y manual. Con estos cambios los elementos restantes de compulsión desaparecerán poco a poco. El proceso no será ni corto ni simple, pero la dirección es clara.

Para acelerar este proceso, el comunismo requiere, y requiere con urgencia, la mayor aplicación y extensión posible de conocimiento científico. La clase gobernante, que tiene que ir identificándose rápidamente con la sociedad en conjunto, tendrá un interés directo y personal en reducir a un mínimo la cantidad de trabajo humano necesario para un cierto nivel de vida. Puesto que bajo el comunismo no existe ya el antagonismo de condiciones opuestas—hombre libre y esclavo, dueño de propiedad y proletario—el hombre estará por fin capacitado para dedicar todas sus energías a la subyugación de su más antiguo antagonista, la naturaleza. En efecto, según el comunismo sólo es posible cuando los sistemas sociales anteriores han levantado el nivel del poder comprensivo del hombre sobre la naturaleza hasta cierto punto, así la conservación del comunismo está estrechamente asociada a un desarrollo continuado del conocimiento y habilidad científicos. Después de todo, no es sino natural que cuando los hombres y las mujeres que hacen el trabajo de la sociedad controlen también la sociedad, buscarán con afán todas las posibilidades de aligerar el peso del trabajo que la humanidad ha tenido que sobrellevar hasta aquí. Un rápido desarrollo científico seguirá en todas partes, como siguió en Rusia, al establecimiento del poder de la clase trabajadora. Pues no habrá ninguna clase gobernante que tema que cualquier cambio en la sociedad sea para ellos un cambio para un estado peor de cosas. Nadie temerá que se hagan esos reajustes continuos de la estructura social que el desarrollo de la técnica científica hacen necesarios.

Esto nos trae a una consideración más amplia. Puesto que, según la definición no hay clases en una sociedad comunista, no puede existir la fricción de clases no puede haber necesidad de esos inmensos gastos de esfuerzo social que son hoy necesarios para arreglar por la fuerza las relaciones de clases enteramente antagónicas. Lo enorme de esta ganancia puede apreciarse solamente cuando nos damos cuenta de que el Estado mismo es una organización del ajuste forzoso de clases. Ningún observador honrado del Estado moderno puede posiblemente negar que es en realidad un aparato, cuyo propósito primordial consiste en sostener la actual jerarquía social. Acábese con el conflicto de clases en la única forma en que puede acabarse, o sea, con la abolición de clases, y nueve décimas partes de las actuales actividades del Estado resultarán redundantes. Lo que queda no son realmente en manera alguna actividades del Estado; son más bien funciones económicas de regulación y distribución que no son parte de ningún modo del trabajo original del Estado capitalista; son funciones que ha asumido durante el período del creciente caos de producción capitalista. Tales funciones pueden distinguirse fácilmente por el hecho de que tienen que ver esencialmente con la adminis-

tración y manipulación de las cosas: mientras que las funciones propias y tradicionales del Estado consisten en la coerción de los hombres. (Por ejemplo, la función clásica del Estado capitalista es hacer cumplir contratos en los cuales una de las partes no era un agente libre; defender los contratos de trabajo que los trabajadores se ven obligados a aceptar puesto que de otro modo confrontarían el hambre).

Este es entonces el factor distintivo: en una sociedad comunista las funciones del Estado que consisten en regular y planear las cosas relativas al control de la naturaleza persistirán por mucho tiempo y al principio aumentarán; pero las funciones del Estado que consisten en la coerción de las personas desaparecerán tan pronto desaparezcan las clases sociales.

Así, una sociedad comunista, y solamente una sociedad comunista, podrá pasarse sin ese inmenso aparato de coerción que todas las sociedades divididas en clases antagonistas tienen que mantener siempre. Pues este aparato coercitivo, la policía, el sistema judicial actual, las fuerzas armadas del Estado, son simplemente, en uno de sus aspectos, las medidas que una sociedad de clases ha de tomar por necesidad para evitar la gran fricción social que produce.

(Concluirá en el próximo cuaderno).

Estampas

Otra agencia del imperialismo yanqui echada sobre nuestra América

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.*—Costa Rica y abril del 35 =

Tiempo hay de todo, parece ser la expresión que guía a las organizaciones imperialistas yanquis situadas en nuestros países. Tiempo de llegar y tiempo de desarrollar. Cada una trae el plan de conquista. En muchas es ostentoso y agresivo. En otras parece imperceptible. ¿Quién pensaría, por ejemplo, que la **All America Cables** trajera el destino imperialista de apoderarse de las comunicaciones telegráficas de nuestra América? Su negocio es el mensaje cablegráfico. Así ha obtenido contratos. Pero no hace pensar nunca en tierra firme. Para que vayan de ciudad a ciudad y de pueblo a pueblo los recados con que las gentes establecen sus relaciones sociales o comerciales, está el telégrafo. Por esto ha sido siempre en todos los países de esta América empresa de necesidad y utilidad pública el telégrafo. Los Gobiernos los han cuidado sin preocuparse del rendimiento o de la pérdida. Allí en donde se funda un pueblo se instala el telégrafo. Es casi lo primero que el hombre pide a su Gobierno. Y la buena preocupación del gobernante ha sido complacer a los pueblos con este medio rápido y barato de comunicacación. Como empresa de civilización ha sido tenida la línea telegráfica.

Pues la All America Cables ha dado ya el primer zarpazo contra el telégrafo. Relata un periódico de Colombia que la empresa cablegráfica yanqui hace apenas unos pocos años recibió mensajes en sus oficinas marítimas trasmitidos por las líneas del Gobierno. Es decir, fiel a su nombre, se limitaba a mandar al exterior mensajes venidos del interior del país y dejaba que fueran los telégrafos colombianos los que hicieran llegar hasta la oficina del cable esos mensajes. Estuvo ceñida a esa actividad. Los Gobiernos de Colombia no la dejaron penetrar. Defendieron el telégrafo como empresa de necesidad y utilidad pública. Con lo cual trataron de impedir a tiempo un vasallaje funestísimo.

Pero la All America Cables que trabaja repitiendo lo de tiempo hay de todo, ni se ofendió, ni levantó ira contra los que así la limitaban y la dejaban aletargada. El tiempo le llegó a esa empresa cablegráfica imperialista de tener libre la entrada en el campo defendido por Gobiernos previsores. El periódico colombiano comenta así: "Pero hoy es otro precio. La empresa saxoamericana tiene sus oficinas en casi todos los grandes centros de Colombia y prácticamente se ha acaparado el negocio de los telégrafos, habiendo sido el ex-presidente Olaya su gran benefactor. Así es como vemos que los periódicos reciben telegramas de sus corresponsales en otros centros del país, marcados **All America**".

El plan de conquista funcionó en Colombia y la empresa yanqui echada sobre nuestra América para monopolizarle sus comunicaciones cablegráficas y telegráficas es dueña ya de ambas comunicaciones. En uno de los pueblos más grandes y con mejor visión de su porvenir ha mordido certeramente la All America Cables. Colombia ha tenido la fortuna de que muchos de sus hombres la hayan defendido de la voracidad imperialista dándole legislaciones previsoras. Las compañías extranjeras con destino imperialista no han podido en determinado momento hacer presa de la nación colombiana. Pero esas legislaciones han durado apenas poco tiempo. En cuanto fué necesario que los intereses imperialistas yanquis codiciosos del petróleo colombiano pudieran explotarlo sin limitaciones, la legislación petrolera se echó miserablemente al basurero. Y sin convulsiones, sin protestas. Ahora el telégrafo desaparece como empresa de necesidad y utilidad pública para convertirse en negocio de la All America Cables.

Y Colombia es fuerte y con gente que la defiende de los empujes del vasallaje imperialista. El sondeo ha sido hecho precisamente allí en donde debía hacerse. Si triunfó la All America Cables en Colombia, podrá entonces ensayar en cada uno de los demás países su penetración. Pronto la veremos, sin duda, en la misma tarea. El telégrafo pasará a su poder y dejará de ser lo que hasta ahora ha sido para estos pueblos.

Pensemos en estas organizaciones yanquis de que estamos llenos. Hagámoslo con un sentido previsor. En ninguna sin excepción hay propósito de considerarnos como pueblos libres. Somos la materia fácil para moldear la factoría. El imperio del aire nos arranca concesiones en que recibe todo lo ventajoso imaginable y no da nada. El imperio de la electricidad pudre legislaciones previsoras e impone la explotación inicua de una de las energías que el hombre necesita primordialmente. El imperio del latifundio se adueña de todas las tierras laborables y deja sin

bosques a estos pueblos. Así todos los imperios venidos del Norte. Una vez enraizados ya nadie los domnia. Siguen metiéndose, haciendo la penetración que sólo les exige tiempo.

Somos ciegos a estos males. Cada imperio progresa visiblemente. En Colombia la All America Cables acaba con el telégrafo como empresa del Estado. En Costa Rica la United Fruit Cº acaba con el suelo como bien de sus habitantes no sujeto a amo acaparador y brutal. Y en Colombia y en Costa Rica la Electric Bond and Share Cº, y la Pan American Airways, Inc., reducen al monopolio electricidad y rutas aéreas. Todo en el silencio mayor. El imperialismo de los Estados Unidos puede extenderse libremente. Es cuestión de tiempo. Y de entenderse con Congresos, Senados y Gobiernos. El imperialismo sabe cómo entenderse. ¿Qué recursos usaría en Colombia la All America Cables para adueñarse de los telégrafos? Los mismos que usó allá la United Fruit Cº para adueñarse de tierras y ferrocarriles y la Standard Oil para arrebatarle el petróleo a los colombianos.

Estos hechos claros conviene difundirlos. No una vez, sino muchas. Hay que machacar y machacar como única forma de hacer entender a los pueblos que están perdiendo sus riquezas para volverse esclavos del imperialismo brutal. Decir una y mil veces con vehemencia estas cosas para hacer sentir la amenaza de la factoría. Vamos rápidamente hacia la factoría. Cada organización imperialista que avanza y se apropia de suelos y de aguas, es organización que hace su parte en la obra funesta de la factoría. Contra esta penetración estamos siempre. No la ven, no quieren verla los conformes. Pero los indiferentes tampoco sienten que deban darse cuenta de ella. Para cuántos el monopolio telegráfico realizado por la All America Cables en Colombia no significa nada. ¿Qué más da, dirán, que sean de una compañía extranjera o del Estado las líneas telegráficas colombianas? Lo importante es que el servicio exista. Lo importante es que ese servicio esté organizado en tal forma que nadie se queje de él. Y hasta razonarán que siempre la compañía extranjera da mejor servicio.

Pero no es de esos ciegos la lucha. El sacrificio deben hacerlo otros. Aquellos que entiendan que no es entregando sus recursos de vida decorosa como los pueblos se hacen dignos de trato superior. El Gobierno que da la empresa telegráfica a la compañía extranjera imperialista coloca en una posición subordinada a su pueblo. La compañía sólo quiere el rendimiento y para sacarlo explota inicuamente. Y además se hace dueña de la vida comercial y social de un pueblo. Las comunicaciones enviadas por telégrafo son innumerables y de orden variado. Mientras el telégrafo sea empresa del Estado están esas comunicaciones garantizadas contra toda divulgación y control en beneficio de los intereses de otra nación. A los Estados Unidos imperialistas les interesará que la vida colombiana trasmitida diariamente a través del telégrafo tenga su resumen en la dependencia que sabe utilizarla como medio de dominio. Lo que el colombiano, o el no colombiano situado en Colombia conciban para el desarrollo de su industria o de su comercio, de su agricultura o de su minería, puesto en mensaje telegráfico, tendrá inmediatamente el control yanqui. Y el yanqui imperialista necesita controlarnos. Nada debe escaparse a su control. Somos considerados factoría. No debe resentirse Colombia. También Colombia y Argentina y Chile son para el yanqui la factoría. El trato que da a cada nación es sencillamente el trato que conduce a la factoría. Cuanta imposición nos viene del imperialismo yanqui es imposición nacida del concepto miserable de que estamos por el destino condenados a ser vasallos del imperialismo yanqui.

¿Por esto nos alarmamos cuando sabemos que en Colombia ya el telégrafo pasó a dominio de la empresa yanqui que parecía inofensiva, que se ha establecido en cada país sin aspavientos, en lugar quieto y apartado, con un simple letrero que dice: "All America Cables". Ya sabemos que efectivamente ese letrero en azul y blanco significa dominio tanto de las comunicaciones cablegráficas como telegráficas. Ha dejado de ser la empresa de comunicaciones la cosa inofensiva que muchos han querido ver. Sabemos que el plan en la América nuestra es apoderarse de los telégrafos también. Hará mucho con los telégrafos que han sido hasta hoy medios de unir a pueblos y ciudades, de darles el secreto de sus mensajes protegido por la inviolabilidad del Estado. Necesita que los telégrafos de la América entera pasen al vasallaje de una compañía que es aliada y servidora del imperialismo yanqui.

También los telégrafos son del imperialismo que nos tiene en la condición miserable de factorías. Quítesenos la ceguera y veamos en la All America Cables la agencia funesta lanzada por el imperialismo para realizar una conquista abominable. Comenzó en Colombia y seguirá más allá de Colombia. Mordió entraña bien defendida. ¿Qué no hará entonces por acá, en donde la defensa anda al garete?

INDICE



EDICIONES DE «EL CONVIVIO» A $ 0.15 U. S. A. EL EJEMPLAR

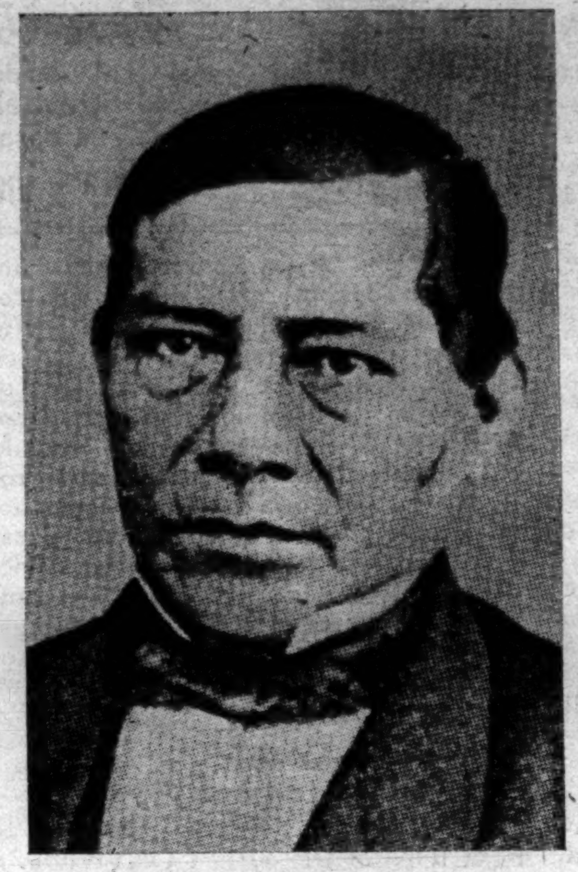
Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

Juárez juzgado por Castelar

"Y, si el heroísmo de Lincoln, es grande, no es menos el heroísmo de Juárez. El puede repetir la sentencia de Lucano: **Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.** El heroísmo en la prosperidad es bello, pero en la adversidad es sublime. Los hombres que se levantan cuando se desploma un mundo sobre su cabeza, son los hombres mayores de la historia. Vencido, abandonado de América, maldecido por una teocracia que quiere a toda costa conservar sus perecederos bienes; entregado al extranjero por una turba de traidores; extendida la espada del primer imperio de Europa sobre su frente; puesta la bayoneta de los zuavos en su pecho; acompañado de generales ineptos o serviles; representante de una raza decaída; jefe de un pueblo sin esperanza, Juárez no se rinde al destino, y, severo e inflexible se levanta, en medio de las ruinas, como la personificación sagrada de la República y de la patria. Un republicano de la antigüedad, un hombre de Plutarco, tampoco hubiera comprendido esta grandeza. Después de la batalla en que libraba la suerte de las leyes, en aquella triste noche de Filipos, Bruto, el último romano, Bruto que había llevado su amor a la libertad hasta el olvido de todo sentimiento, cuando los soldados de los triunviros le cercaban, de rodillas a los pies de un esclavo le pide la muerte; y, al sentir el acero en su corazón y espirar, como el cielo sonriera sereno y los astros brillaran tranquilos, cual si nada triste sucediera en la tierra, exclamó: "Virtud, nombre vano, engañosa palabra, ¡ay! esclavo del destino he sido y he creído en ti". Grito de desesperación, que es el grito último con que se despide para siempre del mundo la República romana. Pero Juárez, hombre de nuestro siglo, creyente en la eficacia de la libertad, y en la virtud de la ley del progreso, mantiene en sus manos los últimos girones de la bandera de la República, porque sabe en medio de sus desgracias, que los tiranos pasan, los tiranos perecen, y la libertad no puede morir, mientras Dios presida el movimiento de la historia.

Es imposible que haya habido un hombre más firme en sus convicciones, ni más dispuesto a desafiar la adversidad. En México reinaba una política militar teocrática, a cuya sombra crecían los males del régimen colonial, sin ninguna de sus ventajas. Promulgóse una Constitución democrática que emancipaba la conciencia para renovar el espíritu y consagraba la desamortización para renovar hasta el suelo de la República. Contra ella se conjuró el feudalismo militar y el feudalismo teocrático, el pretoriano y el fraile. La presidencia del Poder Ejecutivo fué confiada a un general, y la del Tribunal Supremo de Justicia a Juárez, por un artículo constitucional su funesta herencia! Un ciudadano al frente del ejército; un abogado al frente de un pueblo, dividido por horribles luchas y castigado por bandálicas facciones! Pero, desarmado, sin ningún arte militar, por la energía de su carácter, por la fuerza con que supo tremolar la bandera de la República, reunió en torno suyo a los buenos republicanos. Donde plantó esa bandera allí estuvo la patria. En medio de la guerra, en medio de la peste, alzó con mano firme y segura la Constitución. Para esto tuvo la energía de la voluntad y la voz de la conciencia, la severidad de su magistratura y el rigor inflexible de la ley; y más que la fuerza material, la fuerza de su derecho. Así de Veracruz fué a México y resucitó a la República. Se necesitó una traición sin ejemplo, irrupciones infames, batallas formidables, sitios como el de Puebla y desgracias como las de México para desalojarlo de la capital de la República. ¡Cuánta grandeza hay en medio de esa decadencia! Ser grande con un pueblo grande como lo fué Washington es fácil. Lo difícil es ser grande siendo todo pequeño; perseverante en medio de la inconsecuencia; firme cuando el cielo y la tierra se conjuran contra un hombre. Miradlo perseguido, acosado, sin recursos; con las fuerzas de Francia en su contra; desafiándolo todo con su frente erguida, iluminada por los resplandores de la conciencia, mientras que el remordimiento cubre de negras sombras la frente de los vencedores.

Estamos seguros de que si el príncipe Maximiliano va a México, mil veces el recuerdo de Juárez turbará sus sueños, y comprenderá que mientras haya un hombre tan firme, no puede morir la democracia en América. Esos caracteres son ideal de moralidad, vivo y luminoso, que la historia recoge en sus páginas, y que obran siempre en la vida de los pueblos. Si Washington ennobleció la cuna de una República, Juárez ha santificado el sepulcro de otra República. Del sepulcro así ennoblecido se levantará firme y eterna".



Benito Juárez
(Hacia 1862)

Carta alusiva

Cartago, 14 de abril de 1935.

Señor don Joaquín García Monge.
San José.

Mi estimado amigo:

Anoche tuve ocasión de ver la película "Juárez y Maximiliano". La representación viva del imperio mejicano, que terminó con la sangrienta tragedia del Cerro de las Campanas, ha despertado en mi alma, con la fuerza de los años mozos, la admiración que siempre he tenido por la figura de don Benito Juárez. Recordé entonces que hace más de treinta años, había guardado entre mis recortes de periódico, un juicio del gran don Emilio Castelar sobre el indio zapoteca. Le envío esa bellísima página, para que usted la reproduzca en su **Repertorio Americano.** Creo que de ella pueden extraer nuestros jóvenes una hermosa lección de civismo y de fe en los principios democráticos que inspiran las instituciones políticas de las Repúblicas americanas, y que hoy parecen flaquear ante el empuje de nuevos vendavales.

Con este granito de arena quiero ayudar la hermosa labor que usted realiza, y con él reciba el testimonio de aprecio de su atento y s. s. y amigo,

Enrique Sancho J.

CASTELAR, ORADOR

En la colección de "Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX (Espasa-Calpe, S. A.) ha publicado Benjamín Jarnés un muy significante estudio sobre "Castelar, hombre del Sinaí", que así se titula el libro. Muy significativo de la actitud de la juventud actual, de la generación del siglo XX frente a los hombres del XIX, y representada por uno de los más representativos, más comprensivos y más agudos de los de esta generación. Mi impresión de intermediario —Castelar fué de la generación de mis padres y Jarnés lo es de la de mis hijos— es de que Jarnés se encaró con Castelar llevando todos los prejuicios de sus coetáneos respecto a éste y a su tiempo espiritual y según ha ido estudiándolo y dejandose ganar del espíritu castelarino ha ido rectificando esos prejuicios, mas sin declarárselo del todo a sí mismo. El personaje se le ha ido imponiendo como a mí se me impuso el Augusto Pérez de mi "Niebla". Y de aquí las tan vitales, tan fecundas, tan sugestivas contradicciones que rebosan del excelente libro de Jarnés.

Ya en el título mismo, "...hombre del Sinaí", aparece el fecundo prejuicio. Y al principio de la obra dice Jarnés "de la personalidad castelarina" —que no es lo mismo que Castelar, ¿eh? — esto: "Yo en él veo, ante todo, un gran escritor. Después, su elocuencia, su oratorio política y de otros órdenes..." ¿Escritor? No, sino orador por escrito. Castelar no escribió sus discursos, pese a las apariencias, sino que habló, pronunció sus escritos. "No conoció la espontaneidad, no fió nunca su oratoria a la improvisación", dice Jarnés. Y ¿qué es improvisar? ¿Es que no improvisó sus cartas, tan oratorias? Jarnes: "Cuentan de él que iba desparramando por las tertulias jirones del próximo discurso". Y yo: es que lo iba improvisando, y no en el papel. Y cuando escribía hablaba con la pluma. Como Santa Teresa, aunque con otra retórica: alicantina y no avileña. El escritor, el específico escritor, era Valera, a quien tan a menudo acude Jarnés; Valera el crítico, el escéptico, el de la zumba, al que, aunque sintiera la poesía —hasta compuso poemitas en verso— no la hacía. Y también a Valera el escritor, el escéptico, el zumbón, se le impuso Castelar como se le ha impuesto a Jarnés.

Se habla a las veces de retórica contraponiéndola en cierto modo a la poesía. No Jarnés ogaño, creó, como ni antaño Valera. Si se refiere el juicio a esa quisicosa que llaman, poesía pura, pase, pero la poesía pura es como el agua destilada, impotable—agua es lo que nos apaga la sed y no H_2O— o como el oro puro que no se amoneda porque se gastaría. El agua potable necesita sales y el oro acuñado aleación de cobre. La retórica es sal y cobre para la poesía, la hace vividera y la acuña. "No esperamos de Castelar —dice Jarnés— ningún acto elocuente por sí mismo". ¿Qué no? Aparte de que sus grandes oraciones fueron actos — una de ellas su artículo "El rasgo"—, sus actos de gobierno, políticos, fueron elocuentísimos. Y siguen hablándonos. Ya lo veremos.

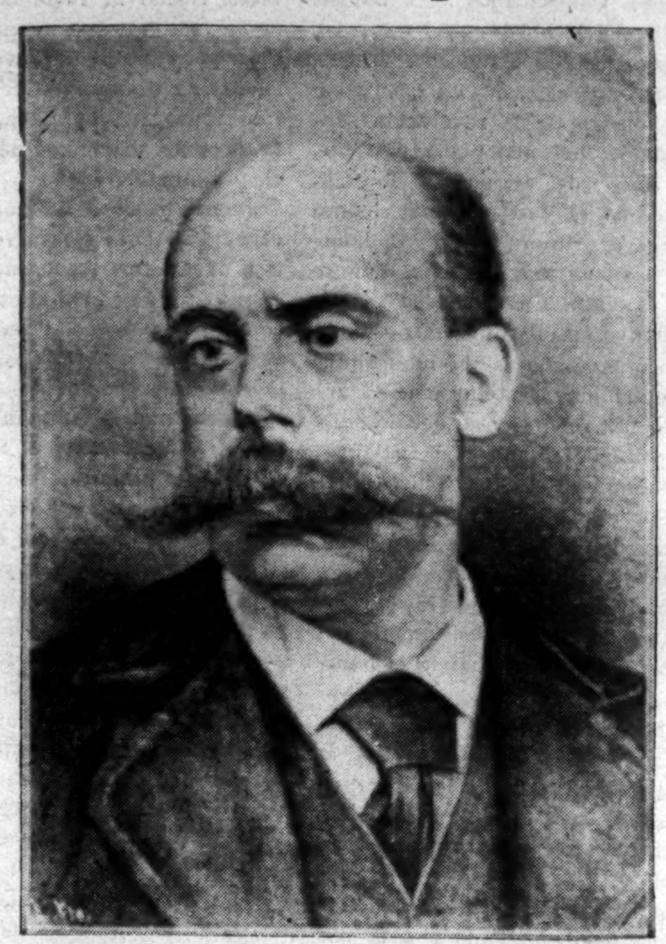
Al principio de su penetrante estudio de escritor se ocupa Jarnés, siguiendo informes de Charles Benoist, en la voz de Castelar. ¡Singular acierto, seguro sentido del escritor! ¡La voz! Pero la voz espiritual; lo íntimo del verbo; el son por el que se va a la visión, el soplo o espíritu por el que se va a la idea. Dos veces le oí yo —yo que os hablo de esto— a Castelar; una siendo yo mozo, en el Paraninfo de la Universidad de Madrid; le oí materialmente y olvidé luego el timbre físico de su voz. Pero volví a oírle, y esta vez el espíritu de su voz, en Elda, donde él se crió, cuando al tener yo que hablar en la celebración del centenario de su nacimiento, hube de recitar. leyéndolos, algunos de sus más sentidos e íntimos recuerdos de niñez y mocedad. Sentí que su espíritu encarnaba en el mío, en mi voz su voz. Y una vez más comprendí todo el sentido recóndito de aquellas palabras con que se abre el Evangelio de San Juan, de que Dios era el Verbo y en el verbo estaba la vida y la vida es la luz de los hombres. El verbo, la palabra, llevado por el son, el espíritu. Y por el son a la visión, lo repito. Vi la Elda espiritual por el son castelarino. Castelar me representó a su pueblo.

¿Un actor? Sin duda. Y su vida acción. Un gran actor actual, un gran político y orador, ha hablado del placer de crear. Y yo acosé: el placer de crearse. Y de recrearse. Y el placer de representar — a su pueblo — y de representarse. (Castelar no escribió para el teatro). El pueblo para Castelar era público, nos dice Jarnés. ¿Y para qué hombre público no lo es? El pueblo que no es público está fuera de la historia; no tiene espíritu humano. Y como gran actor Castelar se nos aparece —nos lo dice Jarnés— como un Narciso. El público es su espejo, no siempre terso y claro. Jarnés aprovecha mucho y muy bien cierta autobiografía en

Dos comentarios

Por MIGUEL DE UNAMUNO

= De *Ahora*. Madrid. =



Emilio Castelar

Castelar

Impresiones personales

Por MAXIMO SOTO HALL

= De *La Prensa*. Buenos Aires. Sbre, 11 de 1932. =

No sabría decir—ni soy juez competente—si la juventud a que yo pertenecí era más vibrante que la actual. La de hoy, en cierto modo, me parece indiferente y fría. Quizá los planos de expansiones han cambiado y se escapen a mi espíritu de observación. Lo que sí puedo asegurar es que los jóvenes de entonces, en América, sentíamos por los grandes hombres de nuestra época, sin distinción de raza ni país, una admiración que en nuestras almas tomaba las proporciones de un culto. La muerte de Hugo nos consternó como una inmensa y propia desgracia. Las jóvenes liras americanas despidieron al "emperador de la barba florida", con un himno que era algo como una elegía coral, como una magnífica marcha fúnebre. Darío, entre sus versos de corte antiguo, dedicó el mejor de ellos al poeta que en "La leyenda de los siglos", cantara con su candente estrofa, al turbulento Momotombo.

La seducción que Hugo despertaba en nosotros, en Francia, bajo diverso aspecto, era la misma que Castelar despertaba en España. Su exuberante verba lírica, su prodigioso derroche de fantasía árabe, su mágico juego de la paradoja, su devoción a la libertad de los pueblos, sus gestos en la vida política, su misma caída con actitud soberbiamente desdeñosa para la fuerza armada, nos arrastraaban hacia el tribuno gaditano que en aquellos días llevaba en su diestra, sin disputa de rival, el cetro de la elocuencia en el mundo. Era, como se diría hoy, en el imperio de los monarcas sin corona, "el rey de la palabra".

Fácil es comprender, midiendo esa reverencia, que a mi llegada a Madrid en 1893 fuera una de mis grandes ilusiones conocer a Castelar. Quiso la desgracia para mí, que el día en que me citó para recibirme, fuera el mismo en que celebraba su onomástico don Alfonso XIII, y mis obligaciones diplomáticas, como secretario de la legación de Guatemala, me llamaban a palacio casi a la misma

(Pasa a la página siguiente)

que Castelar habla de sí mismo en tercera persona, una autobiografía de una encantadora e ingenua infantilidad. ¿Egolatría? ¿Egotismo? No; Castelar no se ve a sí mismo — ¿quién?—, sino que ve el Castelar que se forja su público, su personalidad pública. Pocos menos introspectivos que Castelar; no es hombre de diario íntimo. Y por eso Jarnés le niega intimidad. Pero ¿qué es ésta? ¿Sabe Jarnés, se yo quiénes somos?

Jarnés que echa de menos ciertas intimidades de Castelar —intimidades eróticas— descubre la infantilidad del grandísimo tribuno. Y dice de su biografía de Eva y de su canto a la madre: "¿Qué encantadora Dulcinea habrá quedado escondida, para siempre invisible, en el corazón recatado y silencioso del casto célibe Castelar?" dice Jarnés. Eva, le digo yo, la mujer madre, la que da la vida. "La mujer le persiguió —añade— quizá toda la vida por no haber sabido —o por no haber podido— entregar toda su vida a una mujer". ¿Y qué es una mujer? Castelar, enmadrado desde su infancia, con algo —espiritualmente del complejo Edipo— no encontró, o no pudo encontrar la esposa madre, que siendo madre suya —como lo fueron su madre doña María Antonia Ripoll y su hermana Concha— le hiciera padre de hijos de la carne. Padre o acaso madre también. Su voz era una voz femenina, nos dice Jarnés. Una voz maternal, aclaro yo. "Por eso—arguye Jarnés— coqueteaba, se escuchaba a sí misma, zigzagueaba tanto, alcanzaba niveles pasionales de aquella altura; atraía y cautivaba, sin empujar a la acción". ¿Qué no? A la acción y a la pasión. La voz de Castelar ha fraguado lo mejor acaso de la acción patriótica de la España que salió de la Revolución del 68. Castelar es una de las personas madres de la España liberal, democrática y republicana. Y hay maternidades muy viriles.

Pero ahora dejo esta pluma a que se me calle. Otro día, después de un breve descanso, os diré de Castelar, persona madre de nuestra España republicana y cómo salvó a la república española, cómo posibilitó —él formuló el posibilismo— la resurrección de esa república, el hacer una república donde no hay republicanos que creía tan difícil Prim el de que había de destruirlo todo "en medio del estruendo". Vamos a ver al político, amigo Jarnés. Me falta improvisar otro artícudo.

CASTELAR, POLITICO

Cuenta Benjamín Jarnés en su "Castelar, hombre del Sinaí", cómo a una interrupción de éste le replicó Prim en el Congreso: "Si no es fácil hacer un rey, más difícil es hacer una república donde no hay republicanos". Y Jarnés acota: "Republicanos no faltaban, pero en estado nebuloso". Vamos, sí, no auténticos. La sentencia del hombre de la revolución septembrina, del que pedía destruir, "en medio del estruendo", lo existente, no es tan acertada como parece a primera vista. El hombre a quien no podemos llamar "de la batalla de Alcolea", pues no estuvo en ella, hizo menos acaso por la caída de la monarquía isabelina que Castelar con su artículo "El rasgo" y su acción subsiguiente de pluma y de palabra. El "hombre del Sinaí" hizo posible—posibilitó—una república donde no había republicanos y haciéndolos. Hay que leer en el excelente libro de Jarnés lo que podríamos llamar el testamento político de Castelar, cuando el hombre del Sinaí se hizo el hombre del Nebo, del monte en que murió Moisés—el que recibió en el Sinaí las tablas de la ley—mirando a la tierra de promisión, a cuyos linderos había llevado a su pueblo.

Lo más político, lo más patriótico, lo más abnegado y a la vez lo más republicano que hizo Castelar fué su valerosa conducta cuando el golpe de Pavía, el 3 de enero de 1874, al dejar la presidencia de aquella república, a que habían deshecho los "auténticos" de entonces. Con ello hizo posible la restauración republicana de cincuenta y siete años después, cuando la monarquía borbónico-alfonsina volvió a caer en las torpezas de la monarquía borbónico-isabelina de 1868. Castelar, con su magisterio político durante la llamada Restauración, fué haciendo los republicanos que pudieran hacer una república. Una república posible. Y tiene razón el conde de Romanones cuando en su "Sagasta o el Político" dice —y son palabras que Jarnés recoge y reproduce—que "el sufragio, con el Jurado y la ley de Asociaciónes, convertían la monarquía española de derecho en la más liberal de Europa, con gran satisfacción de Castelar, que así lo había impuesto como condición para no combatir a la institución monárquica, aun sin dejar de ser republicano. Sagasta le escuchó, y desde aquel momento el gran tribuno quedó convertido en mentor no sólo del Gobierno, sino de la Corona". Y así fué cómo Castelar, más que otro alguno, fué haciendo los republicanos que pudiesen restaurar la república. ¿Han traído luego estos republicanos la república? No, ciertamente. Cuenta Jarnés que Castelar alguna vez dijo: "La reina ha fundado verdaderamente en España la libertad. Si Alfonso XII hubiese vivido, él hubiera traído la revolución". Pero la ha traído después—esa que llaman pomposamente revolución — su hijo, Alfonso XIII. Es el que ha traído la república, posibilitándola los discípulos de Castelar, el posibilista.

Jarnés pasa casi por alto el otro gran acto político y patriótico de Castelar, que fué el licenciamiento de sus huestes y el consejo de que colaboraran en la monarquía. Sobre ello ha dado nuevos esclarecimientos — y en estas mismas columnas de Ahora—Melchor Almagro San Martín en su precioso ensayo sobre Castelar y, sobre todo, con la carta—magnífica—que éste dirigió al padre del ensayista. De aquellos posibilistas salieron luego los reformistas, con lo de la accidentalidad de las formas de gobierno, y del reformismo salieron los que supieron aprovechar el instinto políticamente suicida de Alfonso XIII para restaurar la república. ¿La castelarina?, ¿la posible? Así pareció en un principio. Después se han colado en ella los mismos elementos que acabaron con la del 3 de enero de 1874.

Jarnés no se contiene de comentar zumbonamente el ocaso de Castelar, hombre ya del Nebo y no del Sinaí, cuando "el gran actor positivista"—así le llamada por implantada "una era octaviana, risueña, bajo el signo de Ceres". "¡Qué delicioso espectáculo!", exclama el zumbón. "Le quedaba un ocaso espléndido, pero a España le quedaba todo—casi todo—por vivir", añade. Pues bien, ¡no!: a España le quedaba aprender bien la lección del gran tribuno, es decir, del gran político y gran pensador. Pensador, ¡sí! Porque se piensa política y vitalmente con metáforas. Ni son más que metáforas las fórmulas sociológicas y las metafísicas. Dice Jarnés que "bien puede decirse que todo en la vida de Castelar es oratoria, que todo—libros, cartas, charlas, artículos — forma parte de un enorme, de un gigantesco discurso". Cabal; de una enorme, de una gigantesca lección política, de un enorme, de un gigantesco acto político. Porque — volvamos al Evangelio de San Juan—en la palabra, en el discurso está la vida, y la vida es la luz de los hombres.

"No era, pues, un genial político—sentencia Jarnés—: era un excelente retórico". Ambas cosas. Y luego: "Era un hombre europeo sumergido en la fosca España del siglo XIX". ¡Pobre España del siglo XIX, y cómo la ponen! Y después: "Sus discursos fueron siempre ruidosamente aplaudidos, nunca silenciosamente meditados". ¿Está de ello seguro el zumbón biógrafo? El hombre del Sinaí y luego del Nebo hizo meditar a muchísimos españoles — no todos europeos—desde "el carro triunfal de sus metáforas".

Lo que ha sentido profundamente Jarnés es que Castelar — que le ha ido ganando según le biografiaba—vivió para la política y no de la política, sino de su pluma y de su palabra. No buscó cargos políticos bien retribuídos y hasta los rehusó. Ni aceptó cargos de consejero en lo que tenía conciencia de no poder aconsejar, por estar fuera de sus facultades. Y trabajó, trabajó sin descanso. Y no sólo para sustentar su vida privada. Al acabar su excelente obra dice Jarnés: "El verdadero Castelar está aquí: en el hombre de cada día, laborioso y fértil. Justamente el Castelar desconocido". ¿Desconocido? ¡No! Y será más y mejor conocido ese hombre de cada día—siempre el verdadero hombre es el de cada día, el del pan nuestro de cada día—merced a libros como éste de Benjamín Jarnés. ¡España se lo pague!

En el último párrafo de su libro escribe Jarnés: "Ahí está el ataúd del hombre del Sinaí esperando que lo rodeen generales. . . , etc." Y yo, querido amigo Jarnés, digo que está el sepulcro del hombre del Nebo, esperando que le hagan guardia patriotas españoles, europeos, liberales, demócratas, republicanos, que aprendan de su ejemplo a trabajar cada día y a dar cada día el pan "sobresustancial" de la palabra a sus compatriotas. Lo de "sobresustancial" es del Padrenuestro según el Evangelio. Y la palabra es pan sobresustancial de vida y luz que alumbra a los hombres. Y todo esto, nada menos que todas unas metáforas; cómo Castelar, nada menos que todo un gran político.

Meditar y considerar la historia patria y sus hombres es hacer historia, y es hacer patria, y es hacer hombres de ellas, históricos y patriotas.

Castelar...

(Viene de la página anterior)

hora de la cita. Por primera vez asistía a una ceremonia oficial en la corte de España, y es de suponer que me interesaba mucho; pero, a la verdad, mi preocupación estaba muy lejos y mi pensamien-

to se desprendía de la residencia real para volar a la casa del último presidente de la República. No miento si digo que, como sombras imprecisas, pasaron ante mis ojos la regenta, majestuosamente espigada, fría y de austeridad puritana, el futuro monarca, débil, paliducho, de movimientos automáticos—niño sin infancia—, pero educado con esmero, como que a su corta edad ya hablaba varios idiomas, y toda la falange de figuras decorativas, desleídas unas, relumbronescas otras, complemento del cuadro oficial que, como todos los de su índole, parecen la obra de un artista sin inspiración.

Don Emilio, cuando entré en su sala, ocupaba, él solo, un sofá no muy amplio, y en sillas que trazaban semicírculo, numerosas personas, de distintos aspectos, le escuchaban devotamente. Le entregué una carta que para él traía del eminente crítico cubano Enrique Piñeiro, y, medio mohino, fuí a ocupar, allá en el extremo del semicírculo, un asiento desocupado.

Leyó la carta, se interesó vivamente por la salud de su amigo, y, acto seguido, mirándome fijamente con sus ojos de brillo metálico, me preguntó:

—¿Cómo van por su país?

El sentimiento patriótico animó mis labios y dije primores de mi tierra nativa, acentuando, con cierta vanidad, que sus instituciones eran eminentemente democráticas.

Bajo el arco de su bigote, ya con reflejos grises, se dibujó una sonrisa maliciosa.

—Son ustedes—dijo con dejadez andaluza — jorobados que se visten en casa de un buen sastre; sin embargo, se advierte la joroba.

Tengo el recuerdo de que enrojecí hasta la raíz del cabello; mi temperamento, siempre levantisco, se impuso, y sin cuidarme de si profanaba al ídolo, repuse resueltamente:

—Tiene usted razón; pero la joroba es hereditaria.

Contra lo que esperaba, al darme cuenta de mi audacia, la sonrisa, un tanto irónica, se trocó en afable.

—Tiene usted mucha razón —murmuró—; y en prueba de que su juicio no me lastima, le invito a que venga aquí, a mi lado, para que hablemos de esa joroba—y me señalaba un sitio en el sofá.

Había visto muchos retratos de Castelar, pero ninguno concordaba con la idea que yo tenía, tal vez un poco fantástica, del tribuno. Fué mi examen personal el que me dejó ver sus condiciones físicas de orador. Las piernas eran cortas y el abdomen, por aquel entonces, algo abultado. La parte defectuosa era precisamente la que debía ocultar la tribuna. En cambio su busto era imponente y de un raro atractivo. Ancha la frente, de reveladores lóbulos frontales; grandes y expresivos los ojos, de mirar amplio, como buscando lejanías, propio para abarcar muchedumbre; profuso el bigote, cual si se encargara de ocultar las gesticulaciones de la boca; erguido el pecho, y pequeñas y flexibles las manos, dignas del ademán a un tiempo elegante y enérgico. Un conjunto armónico hecho para impresionar agradablemente. Mis observaciones las he corroborado viendo el bronce concebido por Barrón. Toda la prepotencia de la estatua se advierte de la cintura para arriba, en un movimiento de adelantarse al infinito.

En cumplimiento de una promesa, mandé a Castelar, al día siguiente de la visita, un libro recién aparecido en Francia que había traído conmigo de París y que me había dicho le interesaba mucho. Me contestó, casi inmediatamente, dándome las gracias, en una esquela cuyas últimas palabras, que me hicieron palpitar de satisfacción y orgullo, decían así: "Lo espero todos los días de siete a ocho de la noche, excepto los domingos, que no como en casa".

Para resistir a la tentación de aprovechar inmediatamente tan inesperada gentileza, tuve que hacer un colmo de voluntad; pero pasados unos días, con discreta prudencia, hice muy gustoso uso del ofrecimiento. Solía encontrar casi siempre a don Emilio envuelto en una bata de color granate oscuro, ceñida por un grueso cordón de seda anudado con desaliño y rematado en borlas profusas y luengas. Cubría su cabeza con un gorro redondo, de igual color, bordado en la orla. Algunas veces me invitaba a su mesa, y eran entonces los mejores momentos de mi visita. Su conversación era un eterno discurso, pero lo era sobre todo a la hora de comer. Su voz, en la charla íntima, resultaba un poco atiplada y no muy agradable. Parecía imposible que fuera la misma que, en público, al fuego de la inspiración, se caldeaba y adquiría vibraciones y variedades de órgano. Aquella voz rotunda, múltiple de matices, no era el menor encanto de su oratoria.

Nuestras conversaciones, o, mejor dicho, sus conversaciones —yo no tenía más papel que contestar preguntas—, versaban regularmente sobre América. Algo olvidado en España, recibía, en cambio, constantes testimonios de admiración del otro lado del Atlántico, y eso lo halagaba mucho. Sus mismas correspondencias eran espléndidamente pagadas por los diarios americanos, y eso también tenía valor. Las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América que habían llevado muchos hombres notables a la Península, le arrancaban entusiastas opiniones sobre nuestra vida intelectual. Entre los ministros residentes latinoamericanos cultivaba buenas relaciones con Zorrilla de San Martín y con el mexicano Riva Palacio. Este hombre, campechano y abierto, le gustaba. Más de una vez le oyó—y don Emilio pocas veces oía—referir el fusilamiento de Maximiliano en que el diplomático, entonces militar, tuvo participación. Hablando de esto, me decía:

—La República ha arraigado tan hondamente en América, que ninguna fuerza humana la podría arrancar de ese suelo. Y con la ironía que le era propia, agregaba: Tienen república, pero no practican los principios republicanos. De todos modos, es un gran paso y una gran adquisición; lo demás vendrá después.

Su interés, y aun puedo decir, su amor por América, me complacía mucho. En aquellos días en Madrid había un ambiente muy americanista. Simulado en unos, sincero en otros; cuestión de moda, en más de alguno. Pero en don Emilio no influía tal corriente. Tenía demasiada personalidad para que lo afectaran las sacudidas de esa ola.

Castelar nunca fué izquierdista, ni en los días de mayor entusiasmo y aun fanatismo republicano; pero sus tendencias derechistas se acentuaban en el tiempo que le conocí. La abolición de las órdenes religiosas y otros pasos de avance en mi país, no los aprobaba. Su temperamento era místico y los años lo trocaron religioso, mejor dicho, católico ferviente. No me extrañó, por lo mismo, que el día en que se inició el mal que debía prepararle la última jornada, viniera de oír misa, sin ser domingo ni fiesta de guardar.

Cuando me despedí de él para regresar a mi patria, me estrechó con efusivo ademán la mano y me dijo algo que nunca olvidaré y que ojalá sea una profecía:

—Lo envidio porque va a América. Yo me moriré con ese deseo; pero le aseguro que allá, en ese mundo que descubrimos y conquistamos, está la "tierra prometida" de la humanidad.

Página inédita de Froylán Turcios

= *Envío del autor.* Roma. =

EL SELLO ETERNO

—¡Morir lejos aun de los veinte años! —sollozó el agonizante—levantando los brazos con desesperación. ¡Morir cuando nos amamos, cuando todo sonríe a nuestro derredor!

Temblando la jovencita le estrechó contra su corazón, bañada en lágrimas.

En el jardín reventaban las rosas y bajo el claro sol gemían suavemente las ondas del mar extendido a sus pies.

Tornóse lívida la faz del enfermo y sus ojos se entrecerraron.

—Bésame y júrame que me serás siempre fiel.

Ella lo juró al instante y le besó en la boca, húmeda de sangre, en el segundo en que rodaba sobre la yerba.

Pasaron los años y los lustros y la doncella no se casó jamás. Pues cuando, en dos o tres ocasiones, estuvo a punto de corresponder a las instancias de algún adorador, de lo más profundo de sus entrañas, subía hasta su boca el sabor de aquella sangre que selló su juramento.

Roma, 1934.

PERFUME DEL PRETÉRITO

¡Cómo evoco el dulce tiempo en que te conocí, mi pequeña Malena!

Tenías entonces el pelo color de miel y en la última fiesta de la montaña te coronaron con guarias azules como reina del mayo.

Contabas apenas trece años; pero la esbeltez de tus formas, la curva de tu seno, la gracia de tu andar, anunciaban tu deliciosa pubertad.

Vernos en la alegre mañana de Pentecostés y amarnos fué lo mismo. Cuando salías de la rústica iglesia deshojé un ramo de jazmines a tus plantas, entre el asombro de tus amigas de la aldea. Y sólo al matiz delicadísimo del interior del caracol marino podría compararse la rósea llama que encendió tu rostro ¡oh alma mía!

Dos años duró nuestro amor, interrumpido por las tinieblas del sepulcro... Varias tardes, recostados sobre el césped amarillento, junto al río de aguas gemidoras, te conté la historia de Solveig, la virgen noruega, símbolo precioso de la sempiterna fidelidad.

—Yo seré tu Solveig—murmurabas—oprimiéndome en tus brazos y apagando en mi boca las palabras con tus besos.

¡Con qué dolor te recuerdo, mi querida Malena! Surge de lo recóndito de mi ser el sonido de tu voz, la tierna expresión de tus ojos dorados, tu leve perfume ambarino.

La vida pasó... Y tú me esperas, como Solveig, en una cabaña nemorosa del país de la muerte, cantando tu canción melancólica y coronada de guarias azules.

Jerusalén, agosto de 1934.

RAFAEL DE URBINO

Siéntome atraído, a través de los siglos, por el alma transparente de Rafael. Los treinta y siete años de su vida son otros tantos escalones luminosos por los que asciende a la inmortalidad. Su genio, su potencia única para crear la belleza, se nivela con su sobrehumano espíritu, en donde todo es grande, puro y armónico. Fué un joven dios magnífico y benévolo, atado a la tierra por los fuertes lazos del arte y del amor. Quizá no haya existido un ser más perfecto, en que se aunen los dones más egregios con las virtudes más preclaras. Llegó casi al límite en que la cumbre de la vida toca ya con la región de lo sublime y en que el destino del hombre se depura de toda miseria para transparentarse en claridades eternas.

Ví, entre Pesaro y Perusa, la inolvidable ciudad de Lubino en que nació el viernes santo de 1483. En otro viernes santo murió en Roma en 1520. Tuvo por maestro a Pedro Vanmucci llamado el **Perugino.** El célebre arquitecto Bramante fué su tío y a su protección debió el no hallar obstáculos en su ruta. A los veinte años viose admirado por Julio II, el gran pontífice del Renacimiento, quien le hizo pintar las estancias del Vaticano. Su fama brilló en seguida, atrayéndole la amistad del Ariosto, del Aretino y de otros ilustres personajes de aquel tiempo. Trabajó más de dos lustros sin descanso, como si presintiera su fin prematuro. León X, Julio II, los más poderosos príncipes, cardenales y magnates, asediábanle con sus peticiones de obras para sus museos. Adulábanle, perseguíanle a todas horas; y de aquí el extraordinario número de sus frescos y lienzos. Trescientos volúmenes se han escrito sobre su vida y sus obras, en los que campean críticas acerbas y altísimos elogios de eximios escritores y técnicos de arte. Compáranle algunos con Miguel Angel, disminuyéndole ante el creador de las terribles imágenes de la Capilla Sixtina y de tantos frescos de sobrenatural grandeza. Otros le colocan por encima de todos los pintores que han existido, y a ellos me sumo, después de conocer las obras de ambos genios y de agotar la lectura de los libros en que se les estudia. En mi concepto, Miguel Angel ocupa el trono entre los máximos escultores y Rafael el de la pintura de todos los siglos. Como tipos de selecta humanidad no cabe entre ellos comparación posible. El Sanzio poseyó un espíritu más diáfano ,más tierno y generoso, en el que no germinaba ningún sentimiento equívoco o rastrero. Todo en él tendía hacia las ideales alturas en intención y voluntad. Su optimismo fué el de un niño jugando a plena luz en un jardín encantado. No conoció el dolor sino en el último instante al decir adiós al placer de vivir, en los brazos de la Fornarina. ¡Envidiable muerte! Se extinguió como la onda de un viento balsámico, con la emoción del postrer beso, con el bello rostro hundido en el seno de su amada.

Encuentro singulares similitudes entre Rafael y Mozart ¡y más aún entre el carácter y temperamento de Rafael y Percy Bishey Shelley, peregrinos de la belleza por rutas diversas. Hombres casi divinos, encarnan, en verdad, el símbolo de Ariel en su paso fugaz por el mundo.

Roma, noviembre de 1934.

AMOROSO TESORO

Pequeña caja de marfil pulido
donde avaro conservo mi tesoro,
de más valía para mí que el oro
que el más rico rajah tenga escondido.

Nunca el gélido polvo del olvido
su dorado matiz volvió incoloro
y así el objeto singular que adoro
refulge por el Tiempo embellecido.

Me acompaña en el éxodo errabundo
que trazó mi destino por el mundo
y consuela mi eterno desencanto.

En su fondo de blando terciopelo
con sus cartas de amor guardo el pañuelo
que al despedirnos recogió su llanto.

Roma, 1934.

Una mujer guanacasteca

Por A. GUEVARA CEDEÑO

= *Envío del autor*, en quien saludamos al cuentista. Bagaces, Guanacaste, Costa Rica. =

Estoy recordando desde hace mucho rato, minuciosamente, todas las calamidades de Cira Miranda; con frecuencia me apesadumbra la memoria de sus amarguras pero me consuela pensar que desde el año pasado, en abril, cesaron ya para siempre...

La mamá de Cira fué una señora de Cañas Dulces que tuvo una **chorrera de chacalines** y que murió dejándolos muy chiquitos todavía y definitivamente desamparados. No había que pensar en padre que los recogiera porque cada muchachito tenía el suyo y hay hombres muy **desconocidos**. Entonces se procedió a repartirlos entre personas de buena voluntad y a mi mamá le tocó Cirita.

Tenía por ahí de siete años pero no era una chiquilla **tequiosa**. Se pasaba los ratos sentada en el quicio de las puertas hurgándose la nariz sin decir palabra o, sencillamente, con los ojitos entrecerrados, hundidos en lo infinito, contemplando el interminable desfile de las nubes o haciendo inocentes y tiernas remembranzas de la mamacita.

Así pasaron los tiempos... Contrajo matrimonio mi mamá, nacimos los hijos, murieron algunos y quedamos otros por casualidad y Cira se fué haciendo soltera. Le habíamos puesto mucho cariño; era como la hermana mayor, seria, cuidadosa y ejemplar.

Almorzábamos un día nuestro **gallo pinto** con tortilla cuando llegó una **comadre** de esas que tienen siempre una noticia para dar de sobremesa y contó que en mitad del Llano Grande, propiamente en El Roblar, Roderico Rovira, había encontrado un hombre asesinado, casi hecho picadillo y con la cara sin piel, pero que por un tatuaje que el muerto tenía en el pecho habían podido averiguar que se llamaba Francisco Duarte. Todos nos pusimos a comentar el suceso, menos Cira, que se quedó pálida y desfigurada. —"¿Qué te pasa? Cirita", le dijo mamacita. Ella se limitó a contestar: "Francisco Duarte era mi papá".

Desde ese día en adelante el signo del apartamiento se acentuó en el carácter de la muchacha y aunque algunos lo interpretaban como triste desconsuelo, bien pudiera creerse que era piadosa resignación.

Después de algunos años hizo un viaje a Puntarenas en busca del doctor Fallas para que le saneara el pie de una **confisgada** úlcera que no la dejaba ponerse zapatillas. Cuando volvió de Puntarenas traía salud y economías porque después de la operación quirúrgica s había quedado sirviendo en el hospital. Vino muy animada, casi alegre. El tacón alto de las zapatillas le agraciaba mucho el talle y por allá había aprendido muy bien a pintarse y a empolvarse. Estaba en el apogeo de su belleza y de su juventud, ni más ni menos que un árbol florecido.

Pero está comprobado que no hay persona tan malvada como la Felicidad, la alegría que hoy nos brinda sólo sirve para hacer más atormentador el desaire que nos guarda para mañana.

A los pocos meses de estar nuevamente con nosotros Cira se casó con un campesino que no la supo estimar. Cuando nos la quitó para llevársela al monte, todos la despedimos con lágrimas como si fuera para la tumba.

En una rancha infeliz desviada del camino real, lejos de Liberia, sufrió la **vidamía** el nacimiento de cuatro criaturitas, teniendo que levantarse antes de los cuarenta días para cumplir con sus deberes de madre. Allí padeció sus miserias y las de sus hijos hasta que alguien, un día de tantos, vino a dejarla al hospital de Liberia.

En la sala de los tuberculosos estuvo largo tiempo, pero dichosamente en abril del año pasado cambió de residencia y habita ahora en el lugar de los piadosos recuerdos y de las dichas inefables, donde Dios pone a los buenos cuando dejan de existir.

Cuento sudanés

= Traducción de *Fernando Araujo*. Sacado de "España Moderna". Madrid. Abril de 1918. =

Había en el país de Wagadú una princesa, Hatumata Dyaora, que tenía el buen gusto de no querer casarse sino con un hombre de talento. Cuando llegaba un pretendiente, era alojado en casa del rey, y Hatumata le hacía llevar su comida por un esclavo que debía repetirle lo que dijera el extranjero; pero todos los que venían comían sin decir nada, y Hatumata los despedía al día siguiente. Un día llegó Kidé, un chico listo, aunque con poco dinero, cosa frecuente en el Sudán y en Dinamarca. El esclavo le llevó un plato de papilla con cuatro nueces rojas de kola. Kidé se comió la papilla y devolvió las nueces. Hatumata le mandó a decir que se quedara otro día. Al día siguiente, el esclavo le llevó un plato de papilla, en la que había un hueso con poca carne, dos nueces rojas y dos blancas de kola; Kidé apartó el hueso, se comió la papilla y las dos nueces blancas, y devolvió las dos rojas. Hatumata le mandó a decir que se quedara otro día. Al día siguiente, el esclavo le llevó una papilla, en la que había un hueso con poca carne, cuatro nueces blancas de kola, una pajita, una grana de algodonero y un hueso de fruta; la tapadera estaba de tal modo, que sólo cubría a medias el plato. Kidé puso aparte el hueso, la pajita, la grana y el hueso de fruta, y se comió la papilla y las nueces. Hatumata mandó a sus esclavas que prepararan su cuarto y su cama, y que no la velaran en la noche siguiente.

A cosa de media noche, Kidé se levantó y se dirigió hacia las habitaciones de Hatumata. Tenía que franquear tres recintos; a cada puerta encontró un perro, al que arrojó uno de los huesos que había apartado; los perros se callaron. Pasada la tercera puerta, el camino se bifurcaba; el sendero de la derecha estaba sembrado de huesos de fruta; Kidé se dirigió por él sin vacilar, y llegó ante cuatro casitas puestas en fila; tres tenían puertas de madera, y la cuarta estaba cerrada con una estera de paja medio bajada; en el suelo había esparcidas granas de algodonero. Kidé entró en aquella casita, y en aquel momento, Hatumata dejó caer la cortina que rodeaba su lecho, y preguntó:

—¿Qué vienes tú a hacer aquí?

Kidé respondió:—El primer día me has enviado con la papilla cuatro nueces rojas de kola. No es esa la costumbre, y deduje que estabas indispuesta. El segundo día no has enviado más que dos nueces y el tercero ninguna; luego te habías restablecido. En los tres huesos no había carne bastante para un hombre; luego estaban destinados a los perros. El cuesco, la grana de algodón, la pepita y la tapadera que sólo tapaba la mitad del plato eran otros indicios no menos claros. Y he reconocido que me esperabas porque has dejado caer la cortina cuando entré.

Hatumata dijo:—¡Ven!

Al día siguiente Kidé tuvo que regresar a su aldea. En el camino cayó en manos de los siete pretendientes que Hatumata había despedido. Cuando vió que tenía que morir, les dijo:—Id a casa de mi mujer Hatumata, y decidla que os dé el oro que está escondido debajo de mi cama y que se extiende desde mi cabeza hasta mis pies. Como signo de reconocimiento la diréis: "Junto a Kidé está desde la mañana hasta la noche el camarada del largo pantalón, y desde la noche hasta la mañana, el camarada de la cabeza alargada; está esperando al camarada que no tiene pies ni manos". Así Hatumata os entregará el oro.

Los siete pretendientes mataron a Kidé y fueron a pedir el oro a Hatumata. Pero Hatumata hizo venir a su padre el rey, y dijo:

—Estos siete hombres son siete enemigos de Kidé; no hay razón ninguna para darles oro, ni Kidé ha dejado aquí oro ninguno. El oro quiere decir la sangre que corre desde la cabeza hasta los pies del hombre asesinado. El camarada del largo pantalón es el buitre, cuyas patas están cubiertas de pluma; el camarada de la cabeza alargada es el chacal; desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana están devorando el cuerpo del pobre Kidé. Luego vendrán los camaradas sin manos ni pies, que son los gusanos, para acabar con él.

Los siete asesinos quedaron confundidos, y fueron degollados sobre la tumba de Kidé.

Y colorín colorado... mi cuento se ha acabado.

La dádiva de Dios

(De *Edwin Arlington Robinson*)

= Traducción y envío de *Max Henríquez Ureña*, Buenos Aires. =

Dios la premió con dádiva gloriosa.
¡Dicha tal sólo ella conocía!
A un tiempo mismo humilde y orgullosa
pregona su ventura y su alegría,
pues premiada se ve con tal exceso
que a nadie alcanza igual favor, y piensa
que apenas puede resistir el peso
de tan abrumadora recompensa.

Cual ser excepcional que al mundo vino
para dar luz, distinto de otros seres,
sin par entre los hijos que el destino
concedió generoso a otras mujeres,
él brilla ungido en la radiosa altura
—síntesis del divino privilegio—
y ella piensa—su fe lo transfigura—
que llamarlo hijo suyo es sacrilegio.

Mas la asalta el temor: ¿no es excesivo
tan alto galardón? Se atreve apenas
a verlo como un ser tangible, vivo,
con inquietudes, máculas y penas.
No: siempre se alzará resplandeciente
sobre la meta. Lo verá en su cuita
con el brillo de un alma refulgente
donde nada vulgar y torpe habita.

Acaso en la ciudad la única fama
que él logra, engendra dudas y sonrisas,
pues al verlo pasar nadie lo aclama
ni hay en su honor banderas o divisas.

Acaso la común y cruda lengua
se burla de su mérito y renombre;
pero ella, con candor que nada amengua,
leerá en la tierra por doquier su nombre.

Otros saben que aquel adolescente
sólo para ese amor puede ser grande
y con para ese amor puede ser grande
y contendrán el labio balbuciente
cuando un curioso la verdad demande;
mas ella cifra en él tiempos mejores
que a los siglos darán perpetua lumbre;
lo exalta con su fe, y entre esplendores
lo hace siempre brillar en la alta cumbre.

Corónalo de gloria y de ternura
y exclama con fruición: ¡la vida es buena!
Si él no alcanza de Dios igual ventura
que ella—madre feliz de gracia plena—
sus horas no serán menos hermosas,
pues asciende, entre sueños y visiones,
bajo una lluvia carmesí de rosas
que enflora los marmóreos escalones.

Amigo García Monge:
Al enterarme de la muerte del eximio poeta norteamericano *Edwin Arlington Robinson*, acaecida el día 6, me apresuro a enviarle para el *Repertorio* esa traducción inédita de uno de sus más bellos poemas.
Suyo afmo.,

Max Henríquez Ureña

Buenos Aires, 9 de abril de 1935.

Noticia de Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Disparatado resultó el título del artículo de Mejía Nieto aparecido en la página final de la entrega N.º 15, del tomo en curso. Debe leerse así:

El renacimiento de un género literario.

Del Rey Alfonso VI de Castilla, dice don Ramón Menéndez y Pidal, en la página 629 del II tomo, y último, de su notable obra *La España del Cid*, (Edit. Plutarco, Madrid. 1929):

> tuvo el defecto habitual de los que dirigen sin generosidad: para comodidad y descuido del que manda, son siempre preferidos los incapaces, lo mismo en los palacios de harem que en los de camarilla. Y esa predilección por el inepto o el sumiso la sintió Alfonso con exageración extraña, dado su temperamento.

En la página 646 del mismo tomo y de la misma obra, dice:

> Así, Burgos, la Burgos oficial, sólo comprendió el heroísmo del su hijo (el Cid) cuando de fuera se lo pregonaron. La verdad antigua que ninguno es profeta en su patria, hasta que no viene consagrado de afuera, no tiene más excepción que la de los profetas lugareños, las eminencias caseras, famosísimas desde luego en su país, pero sólo en él.

Saludamos alborozados la aparición de esta gran revista trimestral:

Tierra Firme.
Es su Director: Enrique Díez-Canedo.
Se edita en Madrid: Medinaceli, 4. Su papel: espíritu de las principales revistas literarias y científicas. Busca a un público de habla española que, en los ámbitos de nuestra cultura, espera con afán una información exacta y un índice de temas que no puede hallar sino tras la consulta de muchas publicaciones, en idiomas diversos y no siempre fácilmente asequibles.
Precio de suscripción para Hispanoamerica: *20 pesetas.*
Del sumario de 1er. N.º: A. Castro: Poesía y realidad en el Poema del Cid.—G. R. Lafora: La personalidad y el carácter en Cajal.—J. Huizinga: Carta a M. Julien Benda.—Karl Mannhiem: La sociología Alemana [1918-1933].—S. Wagemann: La Economía de empresa.—A. Rosenblat: Población indígena de América.

Flecha se titula la revista en formato menor. Editase en Buenos Aires, Rep. Argentina [Av. Roque Saenz Peña, 1119. 3er. piso. Esc. 316.]

El N.º 5 que acabamos de recibir, trae:

Canciones de Bilitis. Versión castellana del libro de P. Louys, por Arturo Kolbenheyer.

Los dos últimos *Cuadernos económicos* de las Ediciones IMAN [Lavalle 1485. Buenos Aires. Rep. Argentina]:

A. Muller Lehning: *Estado y Marxismo* Trad. directamente del alemán por H. R.

Prof. Camilo Berneri: *El delirio fascista.* Verzión castellana por Armando Panizza.

Quincenales son estos útiles *Cuadernos.*

Nos remite la editorial Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1934:

Tierra caliente. Los que sólo saben pensar. Por Jorge Ferretis.

Dice el autor: Historia inspirada en un pedazo de México, sobre unas tierras de pesadilla en donde el jadeo y la lujuria oxidan pronto el oculto «resorte del alma».

Del mexicano Mariano Azuela, el autor de *Los de abajo:*

Pedro Moreno, el insurgente. En las Ediciones ERCILLA. "Biblioteca América" No. IX.

Dicen los editores: *Pedro Moreno, el insurgente* describe un episodio de la cruenta lucha de México por su independencia política, y presenta a un tipo de guerrillero heroico y lleno de interés humano.

Señalamos:

El Aviso de escarmentados del año que acaba *y Escarmiento* de avisados para el que empieza de *1935.* CRUZ Y RAYA. Para todos. Madrid.

Un precioso almanaque literario, de lo más original que hemos visto. Precio: ₡ 11.00. Edición lujosa.

Ernest Henri: *El plan de Hitler.* Trad. de Oscar Meyer. Ediciones «Mañana». Buenos Aires.

Este libro pretende no ser un panfleto contra el hitlerismo, ni una doctrina, ni un sermón. El propósito de este libro es analizarlo como una fuerza mecánica que funciona y se mueve de acuerdo con ciertas leyes—dice el autor. Precio. ₡ 3.50.

Monografías históricas mexicanas:

Churubusco-Huitzilopochco. Texto de los Profrs. Lic. Ramón Mena y Nicolás Rangel, de la Academia Mexicana de la Historia. 89 ilustraciones. Depto. Universitario y de Bellas Artes. México. MCMXXI.

Envío de nuestro excelente amigo Guillermo Jiménez, México, D. F.

Jorge A. Lines: *Los altares de Toyapán.* Extractos de la monografía en preparación *Huacas huetares de Toyapán.* San José, Costa Rica. Marzo 1935.

Rubén Yglesias Hogán: *Juan Vázquez de Coronado.* Conferencia. San José de Costa Rica. 1935.

Marcel Dugas: *Verlaine* (Ensayos). Trad. de Antonio Iraizos. La Habana. 1935.

Con el Dr. Iraizos: 421 N. W. 10th. Avenue Miami. Pla. U. S. A.

Isaac J. Barrera: *Historia de la Literatura Hispanoamericana.* Quito. Ecuador. 1935.

Antonio Acevedo Escobedo: *Sirena en el aula.* México. 1935.

El epígrafe:...Y aun lo malo, sí, poco, no tan malo.—*Gracián.*

Juan Bosch, el gran cuentista de la República Dominicana:

Camino real. Cuentos. La Vega R. D. 1933.

De los buenos libros mexicanos que con tanto cuidado y cordialidad nos remite

nuestro amigo Guillermo Jiménez [Londres, 26. México, D. F. México]:

Papeles de Nueva España. En VII tomos. Publicados de orden y con fondos del gobierno mexicano, por Francisco del Paso y Troncoso. Segunda serie: ***Geografía y Estadística.*** Madrid. 1905.

Los folletos interesantes:

Rafael Martínez Alvarez: ***Pablo de Tarso y Quijote de la Mancha.*** San Juan, Puerto Rico. 1934.

Con el autor: Facultad de Derecho. Universidad de Puerto Rico. Río Piedras. P. R.

Norman Craick: ***La unión hace la fuerza.*** Ediciones ERCILLA. Santiago de Chile. Episodio VI de «Una mujer en el Club del Crimen».

Herminio Portel Villa: ***El convenio de no intervención de Montevideo y la intervención norteamericana en Cuba.*** La Habana. 1935.

El espíritu de América. Conferencia y discursos de Arturo Giménez Pastor, Vicente C. Gallo y Alfredo Franceschi. Bs. Aires, 1934.

En la inauguración del Instituto de Cultura Latino-Americana. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.

¿Un sueño? No. Una exigencia vieja del mundo entero... La internalización del Canal de Panamá. Por Augusto Dziuk.

3ra. parte de «Panamá bloqueado»

¿Qué es la Sociedad de Naciones? Manual para los maestros preparados por una Comisión de Pedagogos. 2da. edición. Ginebra. 1930.

Antonio Pacheco Padró. ***El crimen yanqui en Puerto Rico.*** Habana. Cuba.

Juan Antiga y Escobar: ***Necesidad de crear en Cuba una Secretaría de Trabajo y Reformas Sociales.*** Habana. 1913.

Extractos y otras referencias de estas sobras se darán en ediciones próximas

Versos nuevos

= *Envío del autor.* San José, Costa Rica. =

CIUDAD

Ciudad, máquina exacta. Los hombres se obstinan
contra tu corazón de acero y oro.
Aire negro te anuncia
y la blasfemia del obrero golpeándote.
Cemento, aviones, poetas,
en vano buscan el alma futura del cielo.
Pero nada puede cortar la ascensión del grito
armonioso del hombre que está al pie de las ciudades.
cantando.

En vano están goteando estrellas sobre el sueño.
Del corazón de la ciudad suben cantos obscenos.

Máquina exacta. No eres esa casa, ni ese hombre, ni esa calle. Nadie
te ha visto la cara, pero estás ahí, oculta
en todo gesto del hombre que tu alimentas y que tú,
—Dios de profunda entraña,—consumes.
Tus grandes ojos eléctricos le alucinan.
Cogen tus máquinas su corazón y le endureces o le matas.
Pero debajo del cielo herido se levanta la voz,
más alta que el cemento y el avión y el poeta deshumanizado,
y por entre los estertores de humo y las sirenas metálicas
tiende su grito humano
el Hombre.

NOCTURNO

Perro mojado, el viento pasa aullando.
Arboles angustiosos esfuerzan ramas de miedo
hacia las estrellas abandonadas.
Todos los hombres muertos en la guerra
y los ahorcados,
y los suicidas,—¿Por qué van como vacíos?
han salido a bailar en este viento
y están aullando, y están pegando grandes
anuncios fríos en las paredes muertas.

Es la hora sin Dios del mundo
y ningún dolor tiene sentido.

Qué frío tendrá el frío.
Qué frío el de los pequeños animales que amo.
Frío los vagabundos con una almohada de fatiga
y largos caminos enrollados bajo el sueño.
Qué sola soledad
en esta vacía,
en esta eterna,
en esta desesperada noche en que Dios falta.

Perro mojado, el viento aquí, lamiéndome:
se recuesta a mis pies y rodea la mesa en que escribo,
buscando una llama dulce.

ELEGIA DEL HOMBRE CORRECTO

Hemos ido a enterrar al hombre correcto.
Vivió buscando el aplauso de los buenos y los malos.
Siempre estaba de acuerdo.
Dormía vuelto del lado del corazón para poder señalarlo
hasta en el sueño.
Le encolerizaban los zapatos sucios,
los nudos flojos de las corbatas,
nuestras violentas ideas y nuestras palabras duras.
Nunca pudo comprender que el hombre
necesitara libertarse de algo
y estar sujeto a algo que no fuese el propio interés, al mismo tiempo:
por eso parecía siempre delante de un espejo.
Y aparentaba no ver la necedad de los otros,
pero nunca sospechó de sí mismo.
Murió a los cuarenta años y en realidad nadie lo siente
ni se alegra.
La última vez me había dicho: Isaac:
estoy contento
de haber vivido en paz conmigo y con el mundo.
Descanse en paz.
Esta es la elegía del hombre correcto.

DOLOR DE LA OBRERA VIUDA

Aquí ya no vive nadie.

Como un gusano muerto hiede la callejuela
y sangra un doloroso olor de agua estancada.
Detrás de las paredes
echa flores alegres el duro sueño
de los obreros.
En la otra cuadra
van y vienen prostitutas vendiendo
bellos pájaros muertos.
Al medio día todos en procesión
han ido a enterrar un gran llanto vacío.

Aquí ya no vive nadie.

ASCENSION

a

Dios está revelándose en cada día nuestro.
A él subimos con el canto y con el llanto.
Morimos de la muerte que le damos,
y en el alma inmortal nos resucita
continuamente.

b

Alma, fué contra tí;
Contra ti me levanté, y mi dominio
sobre el haz de la tierra era de himnos impuros.
Entraba en las rosas con tus ojos cerrados,
Sonaban sucias monedas en mi risa.
Alma, contra ti me levanté, y ahora,
nadie me iguala en humillarme.
He vuelto a descender al barro
para que Dios cree en mí de nuevo al Hombre.

y *c*

Amor, con levedad de llama asciende y quema
en los viejos recintos, nombres puros.
A Dios lo he de encontrar en esta lengua.
Todo resplandeciente de mi angustia
me sentaré a explicar la vida
en el divino banquete.

Isaac Felipe Azofeifa

Santiago de Chile, 1935.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

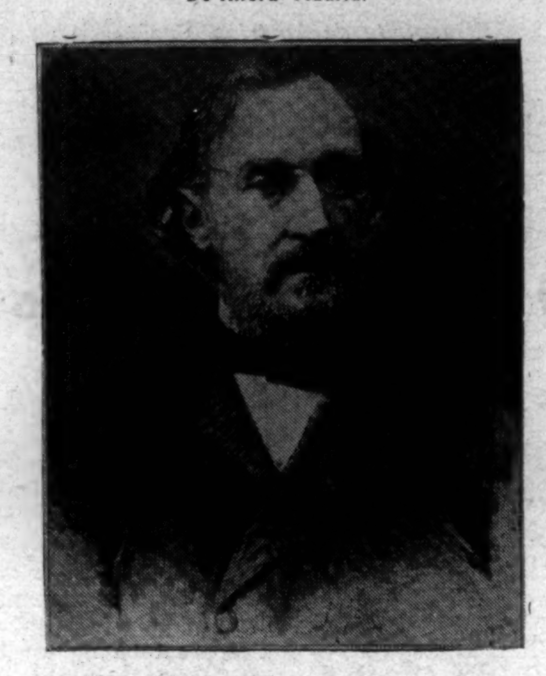
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Bartolomé Mitre

Por SALVADOR DE MARADIAGA

= De *Ahora*. Madrid. =



Bartolomé Mitre

El Ayuntamiento de Madrid se dispone a honrar la figura de Bartolomé Mitre. Fué Mitre un gran argentino, el primer presidente de la nación, ya reunida después del cisma que la partió en dos, y no por gala, durante diez años. No es inútil morar un instante sobre este período de escisión que sufre la nación argentina, todavía tan joven, todavía tan "nueva", como dicen deliciosamente, y tan profundamente también, en nuestra Galicia, tierra, por más de un concepto, una de las más fecundas madres de la pujante República platense. Todavía nueva, la Argentina se divide. ¿Había motivos fuertes, profundos, inevitables? Ninguno. Había, sí, razones locales, circunstancias de momento y entre ellas, por cierto, una que ataña directamente a España: la famosa disputa sobre el "jus soli" y el "jus sanguinis", que separa a Alberdi de Mitre; había, sobre todo, los hombres y sus ambiciones más o menos irreconciliables. Pero había en el más hondo de los fondos lo esencial, lo consustancial con nuestra sangre ibérica, esa fuerza dispersiva que tan acusadamente distingue a nuestra raza y que, como todo en la vida, se compone de cualidades y defectos, de luces y de sombras, de impulsos creadores y de pasiones destructoras.

Contemplemos los hispanos de ambos continentes y los que desperdigados andan por los tres restantes; contemplemos el contraste que ofrecen los Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur. Por un lado, la América Anglica forma dos grandes naciones, que cubren entre las dos todo el continente septentrional al norte de Méjico, sin permitir que en el vasto espacio así abierto a su empresa se resquebraje la unidad; y sobre este inmenso pedestal, el Canadá y los Estados Unidos elevan gradualmente potentes edificios económicos durante un siglo de paz política, sólo interrumpida por la llamada guerra de Secesión. Guerra simbólica. Concebida sobre el tema de la esclavitud, pasa a poco al tema de la unión nacional; cambian inmediatamente las tornas y se acusa vigorosamente el sentido unionista y "amalgamador" del anglo. Triunfa Lincoln. Pero ¿qué es lo que triunfa? ¿El partido contrario a la esclavitud? No. El partido contrario a la secesión.

Frente a los Estados Unidos de la América Anglica, la América Hispánica nos ofrece el cuadro de sus veinte naciones desnunidas y hasta a veces — como, por desgracia, hoy — en guerra abierta; y como si la división exterior no bastase, con frecuencia divididas en su propio seno por la política interior, a imagen y semejanza de la propia España. Hasta aquí, las sombras. Pero también hay luces. Esta desunión, hija de nuestros defectos, lo es también de nuestras cualidades. Las veinte naciones hispanoamericanas tienen cada una su carácter, su modo de ser, su "sabor". Ni aunque lo deseasen, podrían unirse en una federación política todos los pueblos que de Méjico para el Sur hablan la lengua de Castilla. La razón es obvia: a pesar de la distancia, California y Pensilvania son dos provincias de la misma nación; a pesar de la contigüidad, la Argentina y Chile son dos naciones distintas. Y no digamos la Argentina y México o Cuba y Perú.

De igual modo, en esta perpetua inquietud que padecemos las naciones hispánicas no es leal ni sincero negar la inmensa parte que le toca a defectos hispánicos, tales como el personalismo, caudillismo, caciquismo, nuestra intransigencia, nuestra excesiva pasión; pero también contribuyen al cuadro cualidades de nuestra sangre que no tenemos derecho a omitir y, en particular, nuestra ansia de perfección y nuestra fidelidad a las ideas puras.

En todos estos rasgos de nuestra psicología, Mitre fué ejemplar de vigoroso relieve, y así se nos aparece como un personaje representativo del hispanismo. Sus largos años en el destierro, mientras sufre su patria la tiranía de Rosas, prueban su fidelidad a las ideas y su ansia de perfección. Y no deja de tener fuerte sabor hispánico la adaptabilidad con que pasa de la Redacción del "Mercurio", de Valparaíso, al mando de la artillería que en Caseros, bajo el general Urquiza, derrota al dictador y vuelve a abrir el cauce de la evolución política de la Argentina, que aquel formidable dique había cerrado. Mas ¿qué decir de su oposición a Urquiza en política interior sino que también para nosotros tiene un marcado sabor familiar? Y ¿qué del tesón y de la resistencia de Mitre cuando, vencido en Cepeda al mando de las tropas bonaerenses e incorporado Buenos Aires en la Confederación, el indómito desterrado de anteayer, vencedor ayer, vencido hoy, prepara pacientemente la victoria de mañana, y en Pavón, apenas dos años después, derrota a Urquiza y establece para siempre la Argentina moderna, como una nación federal claramente presidida por Buenos Aires? ¿No tiene toda esta historia un aire que nos es familiar?

Curiosa paradoja. Este hombre de Estado, que en su día había de ser el más firme sostén de la tradición hispánica en la Argentina, lleva en toda esta lucha una bandera que, al parecer—digo que al parecer—, es contraria a España. En lo concerniente al Tratado de inmigración con el Gobierno español—asunto largo y espinoso, que tuvo muchos más y muchos menos—, Mitre resiste a España; Alberdi cede. Pero guardémonos siempre de ver los intereses de España con miopía. España es—sobre todo en América—tan grande que para comprender sus verdaderos intereses hay que mirarla de lejos. En aquella polémica—polémica oficial, donde se ventilaba un tratado y estaba en juego la constitución política y más aun la racial de todo un pueblo—, Mitre, que resistía a España, era el verdadero hispanista, y Alberdi, que cedía, cedía por extranjerismo. La Historia había de confirmar que esta convicción hispanista de Mitre era profunda. Pero, en último término, la posición de España en América es inexpugnable, porque para ser hispanistas, los americanos no han menester más que desear fervientemente la grandeza de su propia patria.

El principal título de Mitre fué, pues, éste: que en todo momento supo ser un gran argentino. Y con eso, con eso sólo, basta ya para que España le rinda homenaje.

Imprenta «LA TRIBUNA»